

DR. JORGE E. ADOUM

(MAGO JEFA)

EL LIBRO SIN TITULO

DE

UN AUTOR SIN NOMBRE



EDICIONES "YO SOY" BUENOS AIRES

EL LIBRO SIN TITULO DE UN AUTOR SIN NOMBRE

Dr. JORGE E. ADOUM

(Mago JEFA)

Y algún día vendrá el esperado Profeta. ¿Cuándo, cómo y de dónde? Nadie lo sabe; pero vendrá, y él nos dirá:

“Nací y crecí en los brazos de la comodidad pero he preferido la pequeña pobreza.”

“Los errores de los hombres me equilibraron.”

“La charlatanería de las mujeres, acalló mi lengua y la mentira de los hombres me enseñó a adorar la verdad.”

“La engañadora sonrisa de los hombres me enseñó a no sonreír, y la hipocresía de ellos, a no fingir.”

“Forman partidos, legislan leyes e inventan religiones para que los lobos devoren legalmente las ovejas, y opté por huir de los partidarios, vivir la Gran Ley y no tener ninguna religión.”

“Sacrifican el honor para ganar el dinero y dejarlo a los hijos, y me propuse no engendrar hijos que coman el pan amasado con la deshonra de los padres”.

“Me liberté de todo deseo y pasión y conservé la compasión por el dolor y el egoísmo.”

Si, algún día vendrá el esperado Profeta. ¿Cuándo, cómo y de dónde? Nadie lo sabe.

El objeto de “EL LIBRO SIN TÍTULO DE UN AUTOR SIN NOMBRE”, es el aparejar el camino del Señor que viene.

DR. JORGE E. ADOUM
(Mago JEFA)

EL LIBRO SIN TITULO
DE
UN AUTOR SIN NOMBRE

1ª EDICION

Ediciones YO SOY
BUENOS AIRES

Dedicado a Werner Koennecke,
amigo y compañero hacia el Centro.

NOTAS PARA UN ENSAYO

(Sobre la filosofía mística a través del tiempo, con ocasión del último libro del Dr. Jorge E. Adoum)

1.

Fué Freud quien lanzó al mundo su palabra como la bofetada definitiva a los viejos ídolos de barro, cuando nos descubrió la profunda y oscura raigambre sexual de las religiones. Junto al fantasma de la libido colocó el fantasma blanco del misticismo, impenetrable, misterioso, supraterrano. Aquello que se creía santo —en el torcido sentido de una castidad equivocada—, el viejo profesor se atrevía a juzgar como la sublimación del mismo impulso que hacía que la humanidad se reprodujera. “Totem y Tabú” haría entonces abrir los labios despavoridos para el grito estentóreo del escándalo y la blasfemia . . . Y junto al masoquismo de los silicios y a los desvíos de las beatas y mártires, las ideologías místicas tuvieron, al fin, una raíz humana, tan humana como la carne y como sus placeres. Y, sobre todo, humana como la tortura del deseo condenado a

satisfacciones imperfectas. El sexo transfigurado en mito, en símbolo de perfección.

2.

Fueron Marx y Engels los que desarrollaron nuevamente la historia de la humanidad. El materialismo dialéctico encontraría la razón del hombre y de los pueblos. De allí al factor económico decisivo en la historia, como lucha de clases, como producto del medio, no había sino un paso lógico, correlativo, inmediato como el próximo escalón. Lucien Henry, después, a la luz del materialismo histórico, escribiría sus "Orígenes de la Religión". Demasiado extremista, tal vez. Demasiado extremista porque borra el fondo místico de toda religión. Algo como si en los ritos sólo viera las vestiduras. Como si en la comunión de los cristianos no encontrara —en sus conciencias íntimas y generalmente arremolinadas en una confusión que no les interesa destruir— nada, aparte de la harina blanda o el vino embriagador. Y el mismo Engels, al investigar el origen de la familia, señalaría en el prólogo de presentación los descubrimientos de Morgan, Bachofen y Mac Lenan los dos grandes motores de la historia: el sexo y el medio social de desenvolvimiento, comprobados, desde sus orígenes, en las tribus de América y Australia con sus religiones primitivas.

3.

Indudablemente, la afloración de filosofías místicas sobre el globo, tienen su explicación in-

dividual y social. ¿Acaso no tienen para nosotros una explicación histórica, un imperativo social, la creación del Brama, "El Evangelio del Señor Budha" o "El Libro del Sendero y de la Línea Recta" que nos trazara Lao-Tsé, el viejo de la barba nevada? ¿Tienen, para nosotros, hombres del Siglo XX la misma trascendencia que para los habitantes de las márgenes del Ganges o del Yan Tsé Kiang, antes de Cristo? ¿O para los extasiados en los desbordamientos del Nilo ante la mística superstición de Isis y Osiris, o frente a la blanca y radiante apertura de los lotos sobre el agua o el sagrado desenvolverse voluptuoso de las serpientes? Eso, que queda imperecedero como reliquias en nuestro archivo —más bien como estilos de arquitectura humana frente a los fenómenos de la naturaleza de dentro y fuera—, ha perdido, parcial o totalmente, para nosotros, su peso de tabú, su pavoroso poder de encadenamiento y ceguera. Lo sentimos, sí, como el atavismo que se ha quedado durmiendo y soñando en nuestra sangre y que despierta frente a una monja joven, a un incensario humeante o ante una madre que confía en su rezo aprendido e inútil y frágil como las corolas de humo.

4.

Pero queda en todas ellas un recodo todavía. Un recodo más humano y más al alcance de todo hombre, como las monedas de un centavo. Queda esa compenetración lírica. ¿Quién podrá señalar definitivamente la línea donde acaba la filosofía y donde comienza la poesía? ¿Dónde hallar la

frontera divisoria de lo místico y lo lírico? Y como si no supieran —o no pudieran saber— su nacionalidad de origen, los grandes equivocados han quedado viviendo como equivocados hasta hoy día. Platón —fantástico visionario—, creando su mundo utópico, dando colores a una leyenda como la del Mago de Oz o la de Alicia en el País de las Maravillas, queda pequeño o invisible frente a los más grandes líricos. ¿Su mundo de las ideas tipos, no está acaso, para los niños, a la misma altura —sublimemente sencilla— de las Hadas y los Gnomos? Y su construcción de la República, quién sabe si es más bien la colocación de figuras de plomo sobre un tablero azul...! Y vendría el otro equivocado, siglos más tarde. El viejo enfermo y errante que alguien creyó filósofo. El que encontraría los orígenes de la tragedia. El que bucearía en las aguas profundas, “más allá del bien y del mal”. El creador del Anticristo. El que pintó el ocaso de los dioses. ¿En qué página de Nietzsche no encontramos un poema de igual profundidad lírica —no la forma sino la hondura— que Leopardi o que Rilke, el poeta que murió por cortar rosas para una mujer?... Filosofía oscura, trascendente, insomne, en ninguna de sus líneas. Kant sería el maestro con Descartes. Filosofía o desintegración de lo humano.

5.

Y en todos los maestros y discípulos, la obsesión constante: el superhombre. La superación humana. Siempre la búsqueda —¿infructuo-

sa?— del camino recto. “La vida es un eterno dolor y no vale la pena de ser vivida”, diría el maestro de la India. “Mata el deseo de vivir”: la fórmula de la superación, después de largos viajes de trasmigración de alma a alma. Y vendría el otro. “Amaos los unos a los otros”, “Vende todo lo que posees y repártelo entre los pobres, toma tu cruz y sígueme”, era todo cuanto había que hacer para la salvación... Y vendría el gran poema de la humanidad futura: “Así habló Zaratustra”. Y en los rincones de Oriente, Gibran —imaginación oriental, al fin— visualizaría a “El Profeta”.

6.

Y nos decimos ahora, haciendo un recuento: si todo aquello fué producto de una época, si ya para nosotros no tiene el poder de regeneración, y si —aún en esta época— continúa obrando y girando en nosotros la turbina gigantesca de nuestro instinto sexual, originando lo místico, y si siempre, todos, estamos convencidos que hay que preparar al hombre del nuevo día, ¿qué camino nos queda?... Pregunta angustiada. Pregunta que trae una caravana de contradicciones íntimas, libertándonos de cualquier resto de fanatismo. Si se impone la necesidad de crear al hombre tipo, al hombre que represente el avance acelerado de los siglos, ¿qué línea recta vamos a seguir, qué evangelio predicaremos, si todo nos viene ya sólo con un valor de antigüedad y figura de porcelana? ¿Quién sería nuestro maestro: Budha o Confucio, Lao Tsé o Mahoma, Jesús o

Zaratustra? ¿O acaso, por más cercano, el Profeta de Jalil Gibran? ¿O era necesario un nuevo evangelio "Siglo XX"? ¿O valdría, para encarrilar conciencias, la obra de Engels? ¿O se impone, acaso, una nueva moral —final estación de todos los caminos— de acuerdo a los principios del marxismo? Y, hasta que la haya, ¿por dónde irán nuestros pasos, después de la agonía del cristianismo de que hablara Unamuno, después de la constante ruptura de relaciones con los dioses?...

7.

Decir que "El Libro sin Título de un Autor sin Nombre" es el Evangelio "tipo Siglo XX", sería demasiado atrevido. Tal vez porque sólo el tiempo —plazoleta extendida frente a un edificio de grandes proporciones— puede dar la perspectiva suficiente para juzgar si se imponía la necesidad de un nuevo Evangelio y si ésta y otra obra constituyen el esperado símbolo del misticismo del momento. Pero esta nueva obra de Jorge Adoum sí contribuye —y para decirlo no se necesita el transcurso de los años— a la conformación moral del individuo nuevo. Verdad es que hoy la gran masa humana vive despreocupada de la religión como rito o como filosofía. Pero es que ya hemos construído nuestras bases y cimientos éticos allá cuando nuestra infancia se dibujaba entre cabelleras rizadas y ojos brillantes. Hay que buscar una nueva moral, sin prejuicios ridículos, y un nuevo Evangelio sin

“misterios” ni “milagros”, para la conformación de las nuevas infancias.

8.

Decía que no era éste el libro esperado. No lo es, porque siempre tiene algo de individual, algo propio de Adoum. Su pecado de juventud, la política, le hace verter conceptos que pudieran no estar de acuerdo con la hora —eminente y decisivamente política— ni con el resto de los hombres. Sería difícil aplicar sus conceptos sobre los políticos a Mirabeau y Danton, a Espartaco, a los Grecos, a San Martín, a Bolívar o a Lenin. Y en otros temas, prevalece su personalidad sobre lo universal... Pero aquello tiene su razón de ser en que Jorge Adoum no es un profeta ni un enviado. Es simplemente un artista, que en ésta, su última obra, se supera notablemente. Se supera, porque es una obra para todos. No para todos y para ninguno, como el evangelio de Zaratustra con el que tiene gran similitud. Para todos, porque todos pueden y deben comprenderlo. En el relato, Adoum gusta de lo extraordinario, como si no encontrara en la vida diaria y vulgar elementos de arte. Y sus personajes no viven su propia vida, sino la que Adoum quiere darles. Y termina bíblicamente toda escena. Y hay un final moralizador que —como dije alguna vez— puede cumplir una misión pero rebaja los quilates del arte del relato. Esta sí es una obra grande. Eminentemente moralizadora. Profundamente reflexiva. Amenamente filosófica y agradablemente lírica. Mucho de sí mismo, es verdad.

Pero, ¿en dónde quedaría el tinte característico de cada autor y cada obra si eso va a destruirse? La fantasía platoniana, muy semejante a la de García Lorca, por su feminismo, ¿puede explicarse sin estudiar antes la conversión sexual de ambos? El "Emilio" de Rousseau y toda su filosofía, ¿pueden explicarse sin conocer su interna evasión hacia la soledad, su mazoquismo doloroso? ¿Puede descifrarse la obra de Proust y del apóstol Dostoiewsky sin analizar antes su personalidad anormal?

9.

Y es que Jorge Adoum no viene a decirnos la "palabra del Señor". Viene a reflexionar y hacernos reflexionar sobre la vida que corre a nuestro alrededor. Sobre los hombres a quienes vemos todos los días. Sobre los problemas diarios y sin solución aún.

Su obra, que considero la mejor, la más integral y completa, en conjunto, es la obra de moral y filosofía hecha de acuerdo con la sensibilidad de la humanidad de hoy. De cualquier raza y cualquier continente. De cualquier tendencia... Y casi, hasta de cualquier edad. Es una contribución al monumento que mañana habremos de conseguir levantar: el superhombre verdadero, no la ínfima reducción humana —"superhombre"— que ha encendido al mundo tantos años. No la creación de mitos para los ignorantes, sino la superación de los débiles y enfermos, y aún de los sanos, para llegar a aquella meta que todos

alguna vez nos propusimos y no logramos continuar.

Solamente una contribución. Hasta que venga —¿quién sabe cuándo y de dónde!— el que diga el Evangelio definitivo que todos, absolutamente todos los humanos, sigamos razonadamente.

Quito, Mayo de 1945.
JORGE ADOUM (HIJO)

HISTORIA DE "EL LIBRO SIN TITULO DE UN AUTOR SIN NOMBRE"

Tenía 21 años cuando nací por segunda vez y a mi segundo nacimiento se abrieron mis ojos a la deslumbradora luz.

Hasta entonces yo era un náufrago en el Océano de las impresiones naturales y de las inspiraciones de los libros y volúmenes. Mi vida se deslizaba serpenteando entre el amor y la duda, mi alma semejaba al desierto: lo tragaba todo y no producía nada. Buscaba en vano el objeto de la vida y procuraba inútilmente, descifrar su por qué. Mi cabeza y la tienda en donde servía tenían un punto de semejanza: en mi cabeza había reunido teóricamente muchas ciencias y todas las artes, y en la tienda, el dueño ha reunido toda clase de artículos, pero el dueño de mi tienda tenía un provecho, mientras que en mi cabeza no había más que confusión que aleteaba sobre mí, semejante al Espíritu sobre las aguas, del Génesis.

Quisieron mis finados padres que yo aprendiera algún oficio, pero esta idea era para mí

una blasfemia. ¿Yo, el joven intelectual, que escribo versos, que hablo bien, meterme de zapatero o carpintero? No, y mil veces no; yo no puedo dividir mi inteligencia en dos, y el intelectual no puede ser un trabajador. ¿Por qué las revistas y periódicos se negaban a publicar mis escritos? Por varios motivos y el mayor de ellos es la ignorancia que no sabe apreciar las joyas literarias. Redactores y lectores son ignorantes. ¿Cuántos ejemplos tengo en los clásicos antiguos que no fueron apreciados durante la vida sino después de la muerte? El ambiente en donde vivo es retrógrado, yo no debí haber nacido en él, pero ¿qué quiere? una fuerza, ciega y loca a la vez, obliga al hombre a nacer en donde no conviene; hay que tener paciencia.

La mayor sabiduría es el conocimiento de sí mismo y yo me conozco perfectamente.

Nací en Febrero y en este mes nacen solamente los reformadores de la humanidad, y yo he de ser uno de ellos; de padres pobres, no importa: los más ilustres sabios salen de los chiribitiles.

Me embriago algunas veces por semana. No importa, siempre a los poetas les gusta adormecer sus sentimientos. Soy algo libertino. ¿Y quién no lo es en nuestro tiempo? Hay que correr con la civilización y no contra ella.

En fin, yo me conozco y el lector también me conoce: un joven moderno, intelectual, pobre y perezoso. Un zángano en la colmena de mi familia.

Pero aquella ley que la llamé ciega y loca, siempre sale con la suya. En un solo año murieron mis padres y me dejaron la orfandad por herencia. Mis mejores amigos se apartaron del olor insoportable de mi pobreza. Mis amigas huían de mi presencia como si tuviera en la frente la señal que puso Dios en la frente de Caín, y mi estómago, aquel peor enemigo, clamaba continuamente y no me dejaba un momento tranquilo.

Maldita patria que no sabe honrar a sus profetas y reformadores: tengo que abandonarte. Mi padre siempre repetía una máxima: Cuando te amenace la estrechez de un país, huye a otro.

Vendí el reloj que me obsequió mi finado padre en mi cumpleaños, vendí mi mejor ropa de antaño y los últimos muebles de la casa y en una noche oscura desaparecí de mi ciudad natal.

Dos meses anduve a pie en busca de trabajo, pero como no sabía hacer nada, no encontraba colocación. Las ciudades estaban llenas de desocupados y tuve que huir a los pueblos. ¿Cómo pude mantenerme durante esos tiempos? Esta pregunta no es esencial puesto que no estoy escribiendo mi biografía. Lo cierto es que llegué a un pueblo muy pintoresco, de clima muy benigno; pedí trabajo a la única tienda que había en aquel pueblo y el dueño sólo me dirigió una pregunta: “¿Sabes hacer cálculos?” ¿Sí?

—Entonces te quedas conmigo.

.....
Nosotros, los que hemos vivido en las grandes ciudades, hemos olvidado o ignorado completamente la vida de los habitantes de los pueblos

arrinconados en todos los países. La corriente de la civilización moderna nos arrastró al embravecido mar y nos hemos olvidado de la hermosa filosofía campestre, cuya vida sencilla está llena de pureza. Nosotros somos más ricos pero los campesinos son más nobles de espíritu. El campesino ríe como la primavera y llora como el invierno, ante su alegría y su tristeza. Sus labios nunca conocen la sonrisa hipócrita ni sus ojos las lágrimas de cocodrilo.

El labrador sale muy de mañana cargando su arado, arreando sus bueyes, oyendo el canto del mirlo y el susurro de las ramas. Al mediodía, se acerca a un riachuelo, almuerza con un apetito envidiable dejando las migajas a las aves, y de tarde, cuando el horizonte absorbe el disco solar, vuelve a su casita y se sienta con alegría oyendo el gorgojo de sus pequeñuelos, disfrutando de sus abrazos.

En el invierno lo vemos sentado cerca del brasero oyendo el silbido del viento y el clamor de los elementos.

La vida del pueblo en el cual encontré mi empleo, me encantó y paulatinamente me adapté a ella hasta que llegó a formar una parte de mí mismo.

Era un día de primavera. La lluvia había cesado y la naturaleza comenzó a despertarse de su letargo; las nieves habían desaparecido; mas, prestaron su blancura a las flores del manzano, peral y almendro. En el pueblo había adquirido la costumbre de despertarme temprano y hacía un paseo matutino. A veces iba hasta el río cer-

cano y otras me introducía en el bosque contemplando aquel despertar encantador de la naturaleza.

En una de aquellas embriagadoras mañanas, tomé por rumbo el camino que conduce a la colina situada al sur del pueblo, de donde se domina una vasta región de aquella provincia con algunos brillantes picos lejanos, cubiertos de nieve, únicos restos de un invierno extinguido. Era una mañana hermosísima y serena: el cielo estaba exento de toda mancha; mi alma semejava un espejo que refleja la hermosura del panorama y mi corazón las grietas del valle que repite el eco del gorjeo de las aves. El sol iba a salir detrás de las montañas libertándose de las cadenas nocturnas como se libertan los pensamientos de la imaginación del poeta. Yo iba contemplando el rocío sobre las hierbas como brillantes incrustados en esmeraldas. A veces levantaba la vista a los picos cubiertos de nieve y veía aquel tinte dorado que arroja el sol sobre aquella blancura y me pareció que el Gran Jeyero fundía en su crisol la plata con el oro.

Al fin, llegué a la cumbre de la colina; el disco solar asomaba, lentamente, detrás de la montaña, como si una mano visible le detuviera en su elevación o como si estuviera cansado, como yo, de subir la cuesta.

Por primera vez quise y pude contemplar la salida del sol; pero ¿qué pasa? No estoy solo en la cumbre, oigo una voz humana.

Me adelanto algunos pasos y veo a un hombre de pie, a sesenta metros de distancia, más o me-

nos, en una postura muy extravagante. Su cara hacia el sol, sus brazos extendidos en forma tal como quien desea recibir o abrazar o rechazar a alguien o algo. Balbuceaba palabras extrañas e incomprensibles, a veces trazaba en el aire con la mano derecha unos signos y figuras extrañas, emanando varios sonidos articulados, de los cuales no pude retener ni uno solo.

¿Qué hace este hombre, con quién está hablando y qué significan sus ademanes?

Formulé estas tres preguntas interiormente y una sola contestación me dí a mí mismo: Loco.

La curiosidad y el temor se apoderaron de mí. El temor me impedía acercarme a él y la curiosidad me incitaba a contemplar hasta el menor movimiento; al fin, y después de largo rato, el miedo me venció y para justificarme dije: ya es hora de trabajar.

.....

La curiosidad es a veces el verdugo del hombre. Atendía a los parroquianos y en mi mente flotaba la imagen de aquel ser extraño. Quise borrarla con mi ocupación pero mis esfuerzos resultaban inútiles. Cada vez que me quedaba solo en la tienda, se apoderaba de mí una inmovilidad y mis ojos se clavaban en un punto que puedo decir imaginario, mientras que mi pensamiento flotaba alrededor de una sola idea.

—Buenos días, joven.

La voz del recién llegado me despertó de mi sueño pero de una manera brusca y, no lo niego, temblé como cuando un miedolento desprevenido

recibe un susto. Era el mismo hombre, el blanco de mi preocupación.

—¿Por qué se asusta Ud.? —continuó—. Esto demuestra que Ud. es uno de los tantos cuya atención nunca es sostenida en lo que hacen. Joven, tiene que reprimir esa mala costumbre y desarrollar esa facultad, porque sin ella no hará más que enredarse sin sentido y sin resultado y...

En ese momento entró mi patrón en la tienda y el desconocido prosiguió diciendo:

—Deme dos libras de azúcar y dos paquetes de jabón.

Atendí silencioso al cliente; pagó el valor de las compras y se despidió.

—¡Patrón! ¿Conoce Ud. a este señor?

El dueño me miró largamente y dijo:

—Ninguno en este pueblo, puede contestar a esta pregunta. He conocido a este hombre hace dos años, cuando llegó. Compró una finca a un kilómetro del pueblo y allí vive con un sirviente mudo, digo mudo, porque nadie le ha oído hablar.

Dicen que se llama Amentí, yo nunca se lo he preguntado. No visita ni es visitado por nadie. El es el ídolo de los muchachos del pueblo; todos le quieren como a un padre. Muchas veces se reúne con ellos a la orilla del río y les narra cuentos fantásticos, pero moralizadores. Los pequeños vuelven alegres cada vez que se reúnen con él, aseados y respetuosos. Teníamos un jovenzuelo insoportable en el pueblo, cuyo único oficio era buscar querellas y boxear; tres veces fué

expulsado de la escuela por su mala conducta, y una vez fué hasta la orilla para maltratar a sus compañeros mientras estaban con el misterioso extranjero. Entonces éste le llamó a su lado y no se sabe lo que le dijo al oído. Desde aquel día fué un modelo de rectitud y de educación.

Dicen que es muy déspota con los mayores; un día el maestro de la escuela, quiso entablar una conversación con él, al encontrarle examinando una roca, le dijo:

“—Dicen que esta roca eruptiva fué lanzada por el volcán el año 1330; ¿qué le parece a Ud. señor?”

El desconocido le miró quedamente y le respondió:

“—Puede preguntárselo a su abuela que es más anciana que yo.”

Dijo esto y volvió a su detenido examen.

Aquí en el pueblo cuentan de él y de su aislamiento miles de historias. Unos dicen que es un filósofo que se alejó del mundo para escribir sus ideas, y otros dicen que es un misántropo; lo cierto es que hasta ahora nadie ha podido penetrar en su misteriosa vida.

En esos momentos entraron algunos clientes. El patrón tuvo que cortar la conversación y yo tuve que sufrir lo indecible porque él no era siempre comunicativo.

Pasaron semanas y la vida misteriosa de aquel desconocido siempre exitaba mi imaginación y llenaba mis pensamientos. Varias noches le soñé y me despertaba alegre del sueño. Recogí datos sobre nuestro hombre pero eran confusos y con-

tradictorios. Todos los domingos y días de fiesta merodeaba, algunas horas, la finca en donde vivía, como sabueso. Varias ocasiones, mi tentación fué grande, de tocar la puerta y entrar; pero ¿con qué pretexto? ¿Qué le diría para justificar mi visita?

El deseo es un poder ingente; hoy comprendo este secreto. El sabio que dijo: querer es poder, debe haber sido un superhombre. El hombre que sabe lo que quiere, obtiene infaliblemente lo que desea, pero la mayoría de la humanidad vive con anhelos fugaces y pensamientos quiméricos.

El pensamiento es la forma mental abstracta que posee en latencia todo poder; iguala al hombre dormido que no se da cuenta de nada; pero cuando se despierta de su momentánea muerte, reanuda su actividad. Así es el pensamiento, mientras flota en el cerebro sin deseo es un cadáver inerte, pero cuando se satura con el deseo, se llena de vida y se convierte en un ser creado que se adhiere a su emanador, como su propia sombra para recompensarle o castigarle según su índole y naturaleza.

En un día caluroso de Junio, yo estaba sentado a la orilla del río; la naturaleza sonreía, alegre como una madre que dió a luz a su hijo; mientras yo contemplaba el agua que serpenteaba entre las enormes rocas, produciendo aquel ruido característico, como quien canta los himnos de su libertad, oí una voz que me decía: "Joven, el ruido del río hipnotiza. Otra vez no debes colocarte tan cerca del agua, cuando quieras contemplarla".

Era nada menos que el misterioso Amentí que me dirigía la palabra. Traté de ponerme de pie y decirle algo, pero no pude articular más que la palabra: "Señor".

El me dijo con un tono algo suave y en su rostro se esfumaron los rasgos duros:

—Joven: hace tiempo que tú me persigues con el pensamiento y muchas veces has tratado de penetrar en mi casa. ¿Qué me quieres?

Traté de abrirle mi corazón y decirle muchas cosas, pero mi lengua no se movió. Sólo mi suplicante mirada interpretaba mis pensamientos y anhelos. El me sonrió. Se sentó a mi lado y colocó su mano derecha sobre mi hombro. No puedo explicar lo que sentí. Un temblor delicioso se apoderó de todo mi cuerpo, igual al que sentí cuando, en mi primer amor, oí estas palabras: "Sí, te quiero".

—Serénate, hijo mío, porque sin la serenidad no puedes llegar fácilmente al fin de la jornada. De tu contemplación al río debes obtener una enseñanza; estando sediento, no debes mirar el agua que va, sino la que viene hacia ti para saciar tu sed: de la misma manera la sed del saber no se apaga con la agitación y la curiosidad. Estoy leyendo tus pensamientos: tú me persigues día y noche, quieres conocerme y aprender de mí; no me disgusta tu deseo, pero sí tu curiosidad. Sé menos curioso y te educaré gratuitamente. Has errado mucho en los pocos años que has vivido y es menester sufrir las consecuencias.

Aquel tono suave de su voz me animó un tanto y pude decir:

—Señor, efectivamente yo soy sediento y mi espíritu es un precipicio sin fondo, nada le satisface ni nada lo puede llenar. A veces me siento capaz de abarcar el Universo entero en mi corazón y otras me veo tan pequeño como el más mísero gusano de la tierra. Siento que hay en mí dos seres, dos entidades, dos personas que no sé como llamarlas: una busca el amor, la felicidad, la belleza, la luz y la eternidad, mientras que la otra se adhiere a la ambición, a la desgracia, a la obscuridad, a la ignorancia. Mi corazón se ha convertido en escenario de esas continuas luchas.

Ninguna quiere ceder y yo tengo que soportar a las dos. ¿Qué serán esos anhelos y esas ideas que vuelan y pasan como una bandada de palomas? ¿Qué serán estos resultados tristes y alegres que abrazan mi alma y mi corazón? ¿Qué serán estos ojos que me miran día y noche, y esas voces que lloran por mis días y cantan por mi juventud?

¿Qué será esa vida que se burla de mis sentimientos y se alegra por mi insignificancia? ¿Qué será ese mundo que me conduce a lo desconocido? ¿Qué será esa tierra que abre sus mandíbulas para tragar los cuerpos y abre su pecho para sus ambiciones? ¿Y ese hombre satisfecho con amar a la felicidad sin poseerla, que pide el beso de la vida y la muerte le abofetea, que compra un minuto de placer por un año de arrepentimiento, que corre con los ríos de la ignorancia al golfo de las tinieblas? ¿Quién soy yo? ¿Quién es Dios?

El señor Amentí escuchaba mi discurso con una sonrisa en los labios; no pude saber si era de

burla, de compasión o de interés; su fisonomía era insondable. Su mirada era tan penetrante como la luz solar que ningún ojo puede sostenerla. Dos veces crucé mi vista con la suya y sentí un fuerte golpe en mi entrecejo. Yo hablaba mirando a veces al río y otras las hierbas de la orilla.

—“Joven, tu conversación trajo a mi memoria un recuerdo de mi niñez. Cuando tenía cinco años, dirigía a mi padre preguntas de las que nunca podía comprender sus respuestas, como las siguientes:

¿Por qué las estrellas están siempre encima de nosotros? ¿Por qué se va el sol?... y mi padre para satisfacer mis preguntas me decía: “Porque nosotros vivimos bajo las estrellas y porque el sol va a dormir como nosotros, ya tiene sueño”. En este momento me encuentro en el mismo caso que mi padre y no sé que contestación darte. Tú quieres ver el Universo y descifrar sus misterios con el ojo y la inteligencia humanos. ¡Pobre necio! Vete al campo y encontrarás a la abeja libando las flores y al león arrojándose sobre su víctima. Sé como la abeja y no gastes los días de la primavera contemplando al león”.

“Tú que pretendes saber los misterios del Universo, ¿se te ha ocurrido alguna vez estudiar, siquiera tu cuerpo físico? Tú eres como aquellos que quieren reformar al mundo, siendo ellos los que más necesitan de reforma. Sé, hijo, como el niño y alégrate con los juguetes mientras sirven pero no debes llorar si los pierdes. Todo lo que ves ha sido y será para tí. Si no fueres dual no

podrías tener una existencia objetiva. Debes contemplar la lucha en tí porque es el emblema de la existencia. Tus ideas y pensamientos son tus instrumentos de creación. Los resultados tristes y alegres son la semilla que tu pasado ha sembrado en el campo del alma y tu futuro cosechará sus frutos. La juventud que juega con tus anhelos, es la misma que abre tu corazón a la luz. Las mandíbulas de la tierra son las que libran a tu alma de la esclavitud de tu cuerpo. No es el mundo el que te conduce a lo desconocido, sino que tú estás conduciendo a tu mundo en el seno del Infinito. Dime, ¿por qué las aves del cielo y las flores del campo viven siempre felices? ¿Por qué ellos no temen a la Madre Naturaleza a pesar de su cólera y sus tempestades, mientras que los hombres la ven detrás de los vidrios? Vete, hijo mío, vete, deja que la lluvia te bese porque ella se desvive por tí. Estudia la Naturaleza en tu cuerpo y no tengas miedo por tu pellejo que es muy duro y no se deslíe ni se funde fácilmente. Acércate a tu Madre y aprenderás de ella la lealtad, la fuerza y la magnificencia”.

“Si tú estás en un buque a punto de ser tragado por las furiosas olas del mar, no debes perder tu tiempo en llorar y quejarte; porque el llanto y el quejido apartan tus sentidos de las bellezas naturales que se presentan a tu alrededor. Es la Madre Naturaleza con su terror y su poder. No digo que no debes orar a Dios para salvarte, pero también debes agradecerle porque te deparó una ocasión de ver al mar en su furia y experimentar esas sensaciones emanadas de sus olas

embravecidas. ¿No crees que esa vista es digna de tu contemplación? ¿Acaso todos los días podemos ver esas raras maravillas de la Naturaleza?

—¿Y si me tragan las olas? — dije sin darme cuenta de lo que había dicho.

Amentí me miró de reojo y me dijo con tono que no carecía de burla.

—¿Acaso tú mereces el honor de ser tragado por las olas enfurecidas? ¿El cobarde muere cien veces al día y no merece morir una vez en el combate. Sin embargo, supongamos que te sorprendes de la muerte en el mar o en tu lecho. ¿Acaso puede disminuir algo de tu alma eterna? ¿Por qué temer? ¿Acaso el hombre puede temer a Dios? ¿No sería absurdo que el hijo de la naturaleza tema a su madre? ¿Puede el espíritu eterno y real, tener miedo de algo irreal?... Con todo no te reprocho por tu cobardía. Es una herencia de tus antepasados. Lo que debes hacer desde hoy, es cambiar el ritmo de tus pensamientos y alejar de tí toda idea negativa? ¿Cómo? Pues pensar siempre bien, de tí y de los demás. Busca lo bello en lo feo, la luz en la sombra, la salud en la enfermedad y la felicidad en la desgracia”.

.....

Y pasaron meses, sin saber nada de aquel ser incomprensible, porque después de mi encuentro con él, desapareció repentinamente del pueblo.

Yo seguía en mi trabajo, silencioso y meditabundo. Aquellas palabras dichas por el desconocido se grabaron con letras de fuego en mi memo-

ria y yo sentía que se fermentaban en mi cerebro. Cada día y cada noche trataba de penetrar el sentido de una frase, valiéndome de la comparación para entenderla mejor.

Los días de fiesta y vacación, salía muy de mañana de mi cuarto y vagaba en aquel hermoso valle del río. Oía que la naturaleza me llamaba y yo aceptaba la invitación. Erraba entre las rocas y llegaba hasta el corazón del bosque.

Iba, no en busca de descanso, sino en busca de la inspiración. Iba como el leñador, pero mi hoz era el pensamiento y mi carga eran las ideas.

Un día, de aquellos que se detienen perplejos entre el otoño y el invierno, bajé al valle y escalé una enorme roca por donde pude contemplar el río y ver los efectos de la tempestad en la noche anterior, noche en la cual se efectúa el matrimonio del Dios del invierno con su amada novia la Naturaleza. El agua del río era tan roja como la sangre, sus piedras entrechocaban con furia y me pareció oír el estampido de miles de cañones lejanos.

Contemplé extasiado aquel panorama y sentí que mi espíritu se separó de mi cuerpo y voló por encima de los árboles mojados y las rocas bermejas en el verano y negras en el invierno. Voló y volaron con él todos mis pensamientos, penas, deseos e ilusiones. Sentí que el espíritu del valle se apoderó de mi cuerpo y creí que yo y el valle éramos un solo ser: en mi alma había como en él, sombras, fantasmas y grutas; había rocas, árboles, ríos, aves, insectos y todo lo que puede tener la Naturaleza.

¿Qué diferencia hay entre mí y aquellos seres? Absolutamente ninguna. Me sentía que soy el Todo en ellos y ellos todos están en mí.

¿En qué estado me encontraba? ¿Soñando? Pero estaba en mi estado mental perfecto; veía, raciocinaba conmigo mismo; pero no me sentía como una persona sola, sino un conjunto de seres, unido y separado de ellos al mismo tiempo. Seguramente mi estado debía ser anormal.

¿Tendrán pensamientos y raciocinio las aves y las hierbas? Yo leía sus pensamientos y ellas también leían los míos. Oí el canto de un pájaro y comprendí lo que decía; le contesté, no sé como, pero me comprendió y voló hacia mí y posó a mi lado, gorgendo con alegría durante un momento; después ví que algunos otros y de distintas especies venían hacia mí y no me tenían miedo y yo creía que les acariciaba.

Cuando era niño, mi padre me contaba que el Sabio Salomón hablaba con las aves del cielo. ¿Me había vuelto yo Salomón?

Me sentía bañado en una atmósfera desconocida, pero sentida por mí; experimentaba un gran bienestar que debía ser la obra de mi imaginación; pero había algo en mí que se rebelaba contra este juicio de mi razón y es la primera vez en mi vida que asisto a un verdadero conflicto entre mi razón y mi sentimiento: la una afirma la realidad de los hechos, la otra critica las excusiones de mi fantasía.

Sea lo que fuese, estaba feliz en este estado. En estos momentos yo era un foco de amor y sentía que el Universo recibía su vida de mí

Amor. Todo mi ser exhalaba algo que vivifica y esta sensación me era muy agradable; una profunda ternura se acrecentaba en mi pecho, hubiera deseado tomar entre mis brazos a todo el Universo con todos sus seres, colocarlo sobre mi corazón y mecerlo, como una cariñosa madre a su hijo adorado.

Hubiera deseado toda clase de sufrimientos con tal que el mundo sea feliz y próspero. ¿De dónde venía tanto cariño? Sentía que mi corazón se dilataba para abarcar todo; el sentimiento era tan intenso y tan profundo que trascendía a la alegría y a la tristeza.

Comprendía entonces la dulzura del dolor, el encanto del sufrir y la amargura de la alegría. Muy difícil explicar esa sensación del estado en que me encontraba, en donde el dolor y el placer se mezclan y no se les podía separar.

Yo me hallaba en una calma dulce. Una especie de calma eterna. Pero ¿quién quiere creer que la calma tiene una música que nunca puede ser comparada con la humana? porque ésta ante aquella es un ruido ensordecedor, es un ruido sin significado, y ¿qué significado puede tener un sonido que no procede de la calma?

En estos momentos pensé en los morfinómanos, los espiritualistas y los budistas; en aquellos que se embriagan por la fe o el opio y se elevan con sus ensueños al más allá de la naturaleza o descienden a lo más inferior de sus elementos.

Todo hablaba a mi rededor, todo brillaba, todo despedía sonido y color distintos y armoniosos con los demás; me pareció que el sol era un in-

menso órgano cuyas teclas eran tocadas por seres visibles e invisibles.

Pero ¿acaso yo veía u oía? Yo no sé que contestar. Las palabras ver y oír son empleadas, aquí, para la comprensión; más no era ver y oír lo que experimentaba. ¿Qué era entonces? No puedo explicarlo, aunque lo sentía. Si estaba soñando, es verdad, el sueño era extraordinario; sus detalles eran de una realidad notable; pero si es un sueño, ¿en dónde están los principales caracteres que le distinguen, como por ejemplo, el debilitamiento de la conciencia personal?

El análisis no afirmaba nada de lo dicho; mi atención se fijaba con facilidad sobre un punto determinado. Mi voluntad se guiaba sin alteración; mi juicio, intacto.

Traté de recordar y ver muchas cosas y pude ver y recordar y sentir la actividad de mi conciencia personal.

Al fin se me ocurría verme a mí mismo, a mi cuerpo. Aquí me convencí de que mi estado era anormal; mi cuerpo estaba tendido, transparente, acribillado por un sinnúmero de pequeños orificios. Todos los órganos interiores funcionaban, pero lentamente. Alrededor de esta masa transparente había otra mucho más sutil, era como aquella luz que rodea una bombilla eléctrica durante las noches de neblina.

Esto me sorprendió mucho, porque era una nueva sensación para mí. No tuve miedo, pero sí asombro y perplejidad a la vez. ¿Qué debo hacer? me pregunté y ¿qué me pasa? ¿Será ésta

la muerte? No, no puede ser, porque me siento vivo.

Después de observar atentamente el cuerpo físico dormido, semi muerto, me ví o sentí arrastrado a entrar a una extraña atmósfera, como si alguien me halara hacia ella. Entré en ella con la creencia de haber viajado varias distancias; pero al tornar mi vista a mi otro cuerpo tendido, me encontré con que no me había movido ni un metro de mi puesto y mi cuerpo seguía dormido. Veía delante de mí, fajas de fosforescente luz de matices y tonalidades diferentes.

Veía líneas azuladas que atravesaban el espacio, notaba aureolas en torno de cada objeto como un estuche que le impide fragmentarse. Contemplé y medité estos fenómenos.

¡Qué maravilla!, ¡qué ligero estaba en mis movimientos!

En este estado quise ver a mi ciudad natal, a mis amigos, y, sin saber como fué, me encontré en mi ciudad y veía a quien se me antojaba ver. ¿Me trasladé a aquel distante lugar? No puede ser porque estoy al lado de mi cuerpo. ¿Aquél lugar vino hacia mí? Tampoco es factible. No puedo explicar el fenómeno pero era realidad.

Por encima de la ciudad flotaban en el espacio nubes de coloración extravagantes, sin armonía y esas nubes coloreadas se devoraban entre sí y subsistía la más radiante que al absorber a las otras aumentaba la intensidad de su brillo.

He visto a algunos de mis amigos y de mis enemigos también. ¡Qué desilusión! ¡Cada uno estaba rodeado de una atmósfera luminosa de varios

colores; pero en cada uno predominaba un matiz determinado y todos eran sucios.

Uno de mis mejores amigos hablaba y le salían de la boca, seres repugnantes de distintos colores.

No sé por qué sentí por él una compasión honda; quise acercarme a él e impedirle que hablase porque veía que sus palabras eran como reptiles que retornaban hacia él para devorarle el corazón, pero no fué posible manifestar mi intención.

Después pensé en una persona a quien la consideraba como una enemiga porque varias veces me había reprochado; la ví sentada en su escritorio meditando y alrededor de su cuerpo flotaba una nube amarilla de oro con matices azules. Quise arrodillarme ante aquel ser y pedirle perdón. Quise hasta besarle la mano. ¡Qué engañado estaba! A este ser a quien se debía amar y respetar, yo le tenía por enemigo y hasta llegué a odiarle algunas veces.

En el estado en que me hallaba me olvidé de lo que se llama odio. Quise varias veces recordar aquella sensación, pero no me fué posible. Yo era un foco de amor, de cariño y no cabía en mí otro sentimiento.

Puedo asegurar sin temor a equivocarme, que en este estado el poder del deseo es el todo. Me bastaba desear una cosa y la cosa venía hacia mí o yo iba hacia ella sin saber cómo, aunque yo no me movía de mi puesto, cerca de mi cuerpo inerte.

Mientras contemplaba mi ciudad, observaba que de cada casa salía una especie de humo o ne-

blina de colores varios. Los hombres que transitaban en las calles estaban rodeados también de las mismas nubes de diversos colores y los matices de un mismo color eran distintos en cada individuo. Me bastaba ver un color para sentir amor o compasión por la persona que lo emanaba.

No puedo saber qué tiempo he empleado en aquel delicioso sueño. Por último me acordé de aquel ser extraño que le perdí desde algún tiempo y no había vuelto a saber de él. ¿En dónde estaría? ¿Por qué no puedo verle como he visto a mis amigos?

Antes de terminar de formular esa pregunta, ví al Sr. Amentí muy cerca de mí en estado especial. Clavaba su mirada en mi cuerpo tendido y de sus ojos salían unos rayos de luz intensísimos que envolvían todo mi físico. No tuve tiempo de averiguarle nada de lo que hacía, porque le oí decir:

—¿Cómo se te ocurre dormir en esta roca? Levántate.

Miré a mi interlocutor que era el mismo Amentí y le dije:

—¿He estado dormido, señor?

El sonrió y me dijo:

—Sígueme.

Me condujo a su casa.

Portón, jardín, puerta, corredor, sala y luego un cuarto grande que contenía su biblioteca.

Se acercó al escritorio, abrió un cajón y sacó de él un manuscrito bien envuelto y amarrado con un cordón de seda sellada con lacré.

Me lo entregó diciendo;

—Todo lo que te puedo enseñar lo encontrarás en este libro. Llévatelo. Esta es la última vez que nos encontramos en este pequeño mundo. Pero escucha bien lo que te voy a decir: tú no puedes romper el sello de este libro sino cuando tengas doble edad de la que tienes ahora. ¡Ay de tí si desobedeces este mandamiento! Vete en paz y acuérdate de mí y de mis palabras. ¡Júramelo!

Le juré, salí temblando de la presencia de aquel ser raro, cargando el manuscrito con todo cuidado.

* * *

Hoy, después de 21 años y pocos meses más, se cumple el plazo de aquel juramento.

Con las manos temblorosas desello el cordón de seda. Desenvuelvo el papel que protegía el libro como quien tiene la intención de profanar una tumba para robar una prenda del muerto.

Un sudor frío me baña la frente.

Mi respiración se torna difícil.

Pero al fin, descubro el libro; separo la portada con el dedo, levanto la primera hoja blanca y leo lo siguiente:

EL LIBRO SIN TITULO DE UN AUTOR SIN NOMBRE

CAPITULO I

LA LIBERACION

Cuatro días, nueve meses, cuarenta y dos años, estuvo preso un ser humano, cuyo nombre era desconocido de todos. Todos lo llamaban *Innominado*.

El Sin Nombre. En su obscura prisión, atado a las férreas cadenas, yacía olvidado del mundo externo, sufría en el silencio de su espíritu como en un huerto, su dolor era su único compañero en la soledad.

La obscuridad extendió un tupido velo sobre sus ojos, su mente experimentó un cambio y su corazón dejó de sangrar.

Su memoria perdió la noción del tiempo y del espacio, y, su sentir se convirtió en eje del cuanto y del cuando.

Ya no vivía, pero sentía que era vida, ni se movía pero se imaginaba que era el centro de todo el movimiento.

Y, una mañana le indultaron, le desataron de sus cadenas y le sacaron a la luz del sol.

Tenía ojos, pero no podía ver; poseía órganos de los sentidos, pero no podía percibir; con todo veía sin ojos y sentía sin sentidos.

El carcelero le dijo:

—Innominado; recoge los pedazos de tu alma que has dejado en esta prisión, para exponerlos a la luz del sol; ya eres libre, vete.

El Innominado exclamó:

—¡Oh tú, astro rey. Yo no soy libre porque tu luz para mí es oscura; en lo sucesivo tú has perdido la dicha porque no te puedo ver; mi libertad hace que tu luz sea oscura pero mi liberación hace que mi obscuridad sea luminosa.

“Por tus rayos trepan las serpientes escapadas de los cavernosos ojos humanos y ante tu faz bailan los alacranes de los cerebros.”

“En los sucesivos días, tus rayos barrerán las conciencias para sepultar sus inmundicias de noche en mi Sentir.”

“Mira, astro Rey, tú que puedes mirar: Mi Sentir es como el océano que tiene el poder de clarificar las conciencias turbias.”

“Mi Sentir es salado y amargo, pero en los corazones sedientos y bocas amargas será como mis fuentes que manan dulzura y vida.”

“Mira, Astro Rey, tú eres un ojo insensible y mi Sentir es un ojo animado; tú miras hacia abajo, hacia la inmensidad baja. Yo miro hacia arriba, hacia la inmensidad alta.”

“Tú quieres purificar todo, yo te purifico a ti.”

“De hoy en adelante no seré yo; estoy harto de la periferia, yo seré el centro.”

Cuando habló así el Innominado, el carcelero, convencido de su locura le miró tristemente y con una sonrisa compasiva le dijo:

—¿A dónde quieres que te conduzca?

El sin Nombre le contestó:

—El águila tiene su camino en el aire, la sierpe en la roca, y la hormiga en el suelo, pero yo soy el fin del viaje; así como del océano sale el riachuelo y al océano vuelve.

Ya no vuelvo a los hombres, que los hombres vengan a mí.

La gallina no teme perder a sus polluelos cuando corren alejándose de ella porque siente que bajo sus alas se halla el centro.

Ya no daré más amor a los hombres, sino les quitaré ignorancia.

Ya no les venderé más felicidad, pero les compraré desdicha.

Ya no les ofreceré más bienes, pero me cargaré con su ambición. Porque los hombres no aprecian los regalos de los hombres, aunque adoran a quien les quita sus cargas.

Para ellos el alivio del dolor es más apetecible que la misma salud. Buscan la enfermedad para inventar el calmante.

Desde hoy no seré para ellos ni salud ni calmante; desde hoy me convertiré en mar, devoraré sus dolores, beberé sus desgracias hasta que llegue el momento cuando pueda yo arrastrarlos a todos a mi seno.

.....

En toda la comarca se propagó la nueva que en el centro se hallaba un ser Sin Nombre que quita los pecados de los hombres, devora sus dolores y bebe sus desdichas.

Y todos los hombres cargados de sus desgracias se arrastraban hasta él, y cuando arrojaban sus cargas retornaban vacíos y alegres.

¡Pero, qué doloroso es llevar la tristeza ajena y qué fácil echarla sobre los hombros del prójimo, sin moverla ni con uno de nuestros dedos!...

Hombres y mujeres manaban deseos, como fuentes que se dirigían hasta el mar. Todos buscaban alivio bañándose en sus aguas.

Y no faltó quien diga:

—Mucho te amamos porque te damos lo que tenemos.

CAPITULO II

DE LA ENFERMEDAD

Y llegaron a él muchos enfermos y le dijeron con voz lastimera:

—Señor, cargad con nuestras enfermedades.

Y él les contestó:

—“¿Por qué relatáis vuestras llenuras con tanta tristeza? La enfermedad es un lujo, por cierto, costoso. Volved a la animalidad o escalad a la divinidad, pero sin imitaciones y seréis sanos. Vuestra imitación es la causa de vuestros dolores.

Me buscáis para que yo cargue con vuestras enfermedades y olvidáis que la enfermedad es el mejor remedio y el dolor es el mejor médico.

Vosotros imitáis; y vuestra imitación rompe vuestra semilla para la germinación y la fecundidad; pero siempre tenéis miedo a la rotura de la semilla y tornáis como aquel cuervo que quizo imitar el andar de la perdiz, a quien no pudo imitar, más bien olvidó su propio andar.

La rana quizo imitar a la vaca, y estalló.

Sólo lo animal y lo divino puede vivir sano;

pero vosotros habéis hecho de vuestra divinidad una humanidad.

La animalidad acepta complacida las cuatro estaciones con las tristezas de sus cambios. Sólo la humanidad no puede contemplar con serenidad, el movimiento rítmico del año.

Toda la salud está dada, y el círculo no admite aumento, pero vuestra humanidad ha buscado las buenas cosas en mal origen.

Sed de ayer o de mañana, pero no debéis tener nada de hoy, porque el hoy es un pozo sin agua.

Sed animales o divinos: comed y bebed como animales, aspirad como plantas y pensad como dioses e irradiaréis salud y fuerza.

No debéis tener piedad de vuestra humanidad, porque la piedad asfixia y os obliga a cometer el pecado de enfermar.

Sed inocentes en vuestros deseos y bebed de la fuente de la vida; no debéis envenenar esta fuente de goces con vuestra sed impura.

Vuestras palabras son las aguas santas emanadas de la Fuente de la Vida, no debéis emponzoñarlos con vuestros sueños impuros.

Lo humano es doblemente desvergonzado: enferma y relata con cariño la historia de su enfermedad.

Yo no puedo daros salud, porque toda la salud está dada: pero si puedo quitaros enfermedades. Mas, para cargar con vuestras dolencias, debéis darme con ellas, vuestra humanidad”.

Cuando terminó de decir esto, todos los que oían se despojaron de su humanidad y regresaron sanos y contentos. Solamente uno permaneció

tendido en el suelo y miraba ávidamente a aquel ser que quita los dolores y, éste le preguntó:

—¿Por qué no queréis seguir a vuestros compañeros?

Y el único enfermo contestó:

—Si eres un ladrón, tenéis que compartir conmigo el fruto del robo y, si eres un salvador, me gusta cargar con tu cruz.

Yo no quiero ser un animal sano y seguiré humano enfermo hasta escalar vuestra divinidad. Ya no me separo de tí, ni quiero ser sepulturero de animales.

Cuando el Innominado oyó esto, habló a su corazón y dijo:

—¿Quién dice que Dios muere?

Y su corazón se dilató y absorbió a aquel hombre con su humanidad.

CAPITULO III
DE LA MUJER ENGAÑADA

Y vino a él una mujer y dijo:

—Señor, ¿qué puedo daros yo para recuperar el amor de mi hombre?

Y él le contestó:

—Mostradme vuestra flor.

Y la mujer palideció y él prosiguió:

—“¿Quién os ha dicho que no tenéis una flor?

Vuestra flor debía adornar el corazón de vuestro hombre mas no aromatizar su pie.

Vuestro cáliz debe desbordar y derramar el vino sanguíneo del corazón, mas no las orinas de los riñones.

¿Por qué habéis derramado el líquido cerebral de vuestro hombre, para llenar vuestro sagrado vaso con el vino babilónico?

¿Por qué habéis comenzado por palpar el placer en busca del amor en vez de buscar el amor que conduce al placer?

Vos no pedís el amor de vuestro hombre, lo que ansiáis es vuestro placer.

Todavía no sabéis uncir vuestro placer al amor

y todo lo que hacéis es alimentar al amor con la astucia del instinto.

Quien pide a su astucia que camine al lado de su voluptuosidad, pide imposibles a la Felicidad.

La mujer debe enseñar al hombre el sentido de la existencia y ser el rayo que alumbra la nube del cerebro y las brumas del corazón.

La mujer debe ser el intermediario entre la humanidad y la divinidad. Pero ¡qué obscura está la mujer cuando se detiene en la humanidad!

El hambre impura de la mujer devora el corazón del hombre y la sed nefasta absorbe el líquido de su cerebro.

La mujer debe ser como planta que se sostiene por la luz del hombre, sin necesidad de matarle para alimentarse, ni absorber su sangre para saciar su sed.

Pero desde el momento en que la mujer pide el sacrificio, es necesario que transforme su vientre en altar digno del sacrificio.

La ley que arroja al hombre sobre el altar de la mujer es la misma que hace descender el fuego del cielo para consumir el holocausto.

La ley quiere que la mujer atize siempre el fuego, y maldita es aquella que trata de apagarlo.

¿Por qué habéis transformado el mar furioso del amor en pacífico lago?

Quien come de su propio pan hasta el empacho y bebe del agua de su vida hasta el hartazgo, quedará sin pan y sin agua.

Cuando vuestro hombre se arrodilló ante vuestro altar, aletargando vuestro cuerpo, ¿por qué habéis consentido que os adormezca la inteligen-

cia? ¿No sabéis que la inteligencia no debe dormir para poder arrancar los recónditos arcanos de la Naturaleza?.”

Mientras él así hablaba, la mujer decía en su corazón:

—¿Será este mi hombre para que pueda leer en mi cerebro?

Y él continuó:

—“Dadme vuestro querer y adorad a vuestro hombre para que él vuelva a vos.

Las mujeres no saben distinguir entre el “te adoro” y “te quiero”.

Te adoro significa “te doy”; te quiero significa “me das”.

La adoración es la fortaleza del espíritu gigante que soporta muchas cargas y se alegra de su poder. No pide ni da limosna; no se arrodilla para humillar a su orgullo, no se enorgullece para ensalzar a su humanidad; más bien se consume en fuego de dolor para dar brillo a la sabiduría.

El querer engañado es el fracaso en el momento de conseguir la victoria.

“Te adoro” es amar a los que nos desprecian y ayudar a los que escalan hasta nuestro corazón; “te quiero” es explotar a los que nos desean cuyos quererres tienden a arrastrarnos a sus pies.

El “te quiero” acecha en el camino del amor, como el dragón de siete cabezas; pero también sus siete fauces repiten te quiero.

Dadme vuestro te quiero y dejad la semilla de vuestra adoración que caiga en el silente espíritu de vuestro hombre y seréis uno, y serán vuestros cuerpos un solo punto en la Unidad del espíritu.

CAPITULO IV

EL MATRIMONIO DESGRACIADO

Y llegaron a él marido y mujer y dijeron:

—Señor ¿Qué podemos daros para tener armonía en nuestro matrimonio?

Y él contestó:

—Cuando se unen el deseo con la pasión, engendran la desdicha.

Hay que santificar la unión y acabar con todos aquellos matrimonios que velan por la noche para reñir de día.

El mismo marido y la misma esposa se sienten avergonzados de día al recordar los sucesos de la vigilia nocturna.

Poseer no es un acto difícil; pero para poseer un cuerpo es preciso haberse sentido identificado en espíritu.

Tres veces tenéis que besaros de día, mas de noche no debéis tomar el opio del alma.

Diez veces debéis buscar de día las caricias apetitosas, pero hay que mantener hambrientos a vuestros cuerpos.

Vuestra mente es la madre de vuestro sexo y el sexo es el padre de vuestras aflicciones.

Nadie sabe esto, pero esto es verdad; hay que saber hacer dormir a tiempo las virtudes del sexo.

Saber despertar al sexo es saber hacerse amigo de los dioses; ignorar como hacerlo dormir es hacerse amigo de los demonios que aparecen como espectros por la noche acompañados con ejércitos de pesadillas.

El sexo es un rey que tiene afición al mando, aunque él es como un niño que puede distraerse con el más insignificante juego.

¡Feliz es el matrimonio cuyo mandatario es un niño!

Bienaventurados los matrimonios que juegan inocentemente con este niño preferido hasta que le cansan y le hacen conciliar el sueño.

Bienaventurados son si el niño es obediente y si no les lleva la contra. Así se deslizan los años y el matrimonio vive esperando el nacimiento de la dicha que nunca nacerá; porque cuando nace deja de ser dicha.

Para vivir feliz se debe tener un pequeño tesoro oculto en reserva, porque la suma pobreza engendra la riña y la riña obstaculiza el crecimiento.

Bienaventurados son los avaros de sus tesoros ocultos, porque ellos pueden ofrecer la bondad del corazón.

Cuando el despertar llama a vuestra puerta, con alegría, hay que recibir a este huésped, tratarle bien y después despedirlo con suavidad, tino

y astucia, pero hay que cuidarse de que no robe nada de vuestros pensamientos.

Todo ritmo de la vida es velar para dormir el sueño natural; mas, ¡ay del impertinente que perturbe la tranquilidad del sueño o provoque el despertar prematuro o artificial!

Toda virtud está en el despertar natural de la naturaleza y todo el poder consiste en dormir sin pesadillas.

El mejor sentido de la vida matrimonial es el cuidado del despertar para no caer en el sueño forzado.

Todos los matrimonios de hoy son inarmónicos por eso agonizan andando. Dadme hijos míos, vuestro despertar provocado y artificial, y la armonía de vuestro matrimonio será una consecuencia, mas no una recompensa.

Sed unidos durante el sueño por la silente memoria y separados durante el despertar.

Amáos los unos a los otros; pero no hagáis del amor una diversión.

Sed tonos musicales completos y perfectos y evitad los ruidos ensordecedores.

Vivid juntos pero no muy unidos; erguíos uno cerca del otro como columnas; sed duales en la Unidad y la mano de la vida tañirá las cuerdas de vuestros corazones.

CAPITULO V

EL COBARDE

Un joven de buena presencia se arrodilló delante de él y dijo:

—¡Señor! Cargad con mi cobardía para ser valiente.

Y el que mora en el centro contestó:

—Todo el que teme perder su goce taladra con la cabeza los muros del sufrimiento.

El hombre debe colocar sus ideales más allá del hombre para vivir valiente.

Id al fondo de vuestro ser que es un océano tranquilo, de profundidad inconmovible, en donde no pueden llegar ni los burlones ni las carcajadas satánicas.

Cuando veo un cobarde lloro de pena; porque él anda como el jorobado mirando el suelo y respira como el febricitante.

De sus vestiduras van colgados hierros pesados en forma de medias lunas que le impiden ascender.

La vida es la lucha y ¡ay de quien no vive para luchar!

La vida es un salto arqueado por encima de los hombres y ¡ay de quien se arrastra en línea recta!

Los ojos son materias solares: si queréis vivir en la sombra, debéis devolver al sol vuestros ojos prestados.

Los ojos deben contemplar la luz, mas no el desprecio en los labios y en los ojos.

El desprecio es tinieblas.

Amad, amad a la mujer y el torrente de vuestro amor barrerá con los sedimentos de vuestra cobardía.

El éter del amor elevará al hombre tímido por encima de los hombres trocándolo en un ser de luz.

Amad la belleza y la belleza os hará libre de las garras del temor. La belleza inyecta el cerebro con los pensamientos de la grandeza y os hará olvidar la voluntad raquítica.

Quien contempla su corazón, se olvida de los temores de la mente y superará a su debilidad.

Buscad lo bello y seréis héroe, porque todas las debilidades se estrellan contra lo bello, como las olas furiosas del bravo mar contra las rocas.

Una voluntad sublime es como la abeja, desciende solamente sobre una flor preñada de miel.

El cobarde es un paralítico porque el miedo paraliza en él el movimiento.

Dadme vuestra parálisis de voluntad y erguíos como la columna cuya fuerza está en el centro.

Sed bello y resistente como la columna del templo que carga con el peso de la fachada sin inclinarse y vuestra alma soportará el ardor de los anhelos divinos, que os henchirán de un orgullo más humilde que la misma adoración.

CAPITULO VI

LOS POLITICOS

Y sucedió que cuando supieron los políticos y los hombres de Estado de la existencia de aquel ser en el centro, acudieron a él:

Pero antes de formular sus peticiones, él comenzó su discurso dirigido hacia ellos:

—Vosotros os habéis identificado con vuestros vicios y dolores: ni yo puedo quitaros algo de vuestro todo, ni vosotros podéis darme nada. No tenéis corazones para arrancar de ellos el egoísmo, ni poseéis entrañas para extraer de ellas la crueldad.

Quiero remediar vuestra podredumbre, pero no encuentro en vosotros algo sano para salvarlo. Quiero detener el derrumbe de vuestros Estados, pero antes debo detener el curso de las noches.

Vuestra esmerada profesión es fabricar vidrios coloreados para colocarlos ante los ojos del pueblo que os mira entusiasmado, entregado con fe a vuestros engaños.

Los que se atrevieron a miraros con los ojos desnudos vieron los espectros de la muerte y murieron de espanto.

Tenéis en vez de dedos, pulpos, y en vez de lengua, sanguijuelas; vosotros sois los verdaderos vampiros.

Vuestra verdadera realidad es una píldora de un veneno corrosivo que está embadurnada con la dulzura de vuestra engañosa "actualidad".

Sois los tambores sin entrañas y sin oído, que hipnotizan con ruidos.

Todo vacío es bullicioso y todo charlatán es vacío.

Sois sepultureros y las tumbas son vuestras entrañas devoradoras.

Si yo pudiera reír me reiría y si pudiera llorar lloraría: me reiría del pueblo ciego que os ha convertido en ídolos, y lloraría por vuestra satánica mentira que le hace creer que sois los mejores guías.

¿Qué podéis darme y qué puedo recibirlos? El hombre da de lo que tiene, pero vosotros sois el mal y no os atrevéis a dividirlos.

Quisiera beber vuestro egoísmo e hipocresía; pero el egoísmo es vuestro propio ser y la hipocresía es vuestra propia vida.

No quiero tener una patria, porque la enfermedad de la patria está en la cabeza, y para no perder mi razón me recluyo en el centro.

Destruída la escala de mis anhelos, desde el centro contemplo las cimas.

Dadme vuestros cráneos para formar con ellos un barco que conduzca al pueblo hacia la única Patria.

Si deseáis que el mundo sea feliz, dadme íntegramente vuestras existencias o enseñad a los

hombres que se guíen por las leyes naturales, porque los peces y los pájaros no tienen gobernantes ni política.

Y quiso seguir su discurso; pero no encontró a ningún oyente ante él y dijo:

“¡Qué desgracia! las perlas no pueden flotar.”

CAPITULO VII

DE LA RIQUEZA

Un rico se acercó a él y dijo:

—¿Qué puedo daros para poder dormir tranquilo?

Y él le contestó:

—Dadme vuestra ambición y conservad vuestra riqueza.

No es acto fácil dormir sobre el oro, porque el colchón de oro produce a más del insomnio, dolores en las costillas y cabeza.

La riqueza es una prostituta de duros brazos que se entrega a muchos al mismo tiempo, y ninguno puede conciliar el sueño en la turba hirviente. Vos vivís confeccionando trampas que abren ante el paso de los hombres cien entrañas hambrientas y llamáis a estas trampas, *finanzas*.

Todos los males son repugnantes, menos el mayor mal del dinero: es el más apetecido y más querido.

Hay ciertas naturalezas inmunes contra todos los microbios; pero ninguna es invulnerable ante el oro.

Cada pueblo habla su propio idioma y hay en el mundo más de dos mil idiomas y dialectos, pero el oro habla en todos ellos elocuentemente y en todos ellos miente.

Este es el oro: Un dios rumiante; se alimenta de la carne de sus adoradores, bebe su sangre, mastica sus huesos y se deleita en rumiarlos. Entre los dioses adorados por los hombres, el oro es el dios de los dioses, porque sus monstruosos rugidos alargan las orejas y su hipnotizante fulgor inclina la mirada.

¡Mira! es como la piedra del molino, llama a los corazones para triturarlos y pulverizarlos.

Hasta las almas selectas y desnudas, desean, a veces, vestirse con su brillo; hasta el vencedor de sí mismo ansía calentarse con sus rayos fríos.

“Adoradme y yo os daré todo”, dice; pero él no da nada, sino que compra y vende: compra el fulgor de nuestros ojos por el brillo engañoso de su oropel. Es como el pescador que da su cebo para pescar y a eso llama dar.

Quien quiere dormir tranquilo debe darme su voracidad.

Aquel que se enriquece ambiciona y el ambicioso es impotente.

Todo ambicioso cree que el oro es el escalón hasta el trono y no sabe que el trono es un metal muy duro para las costillas que piden reposo.

Los barrotes de oro en las ventanas de un palacio, son más duros que los de hierro de una prisión; si no queréis morir asfixiados, abandonad vuestros palacios y vivid desnudos al aire libre.

Todavía el hombre puede vivir feliz en esta tierra y el más feliz es el que menos tiene.

Sed pobres de espíritu, bendecid la pequeña pobreza y dormiréis tranquilos toda la noche.

¡Bendita sea la pequeña y virgen pobreza!

Cuando terminó su discurso, el rico lloró abundantes lágrimas, y entonces le dijo:

—Llorad, hijo mío, llorad; vuestras lágrimas son el oro derretido, que mana de vuestras entrañas metalizadas y que alivia vuestro corazón de su inaguantable peso.

CAPITULO VIII

EL CLERICAL

Y llegó a él un Clerical versado en teología y quiso tentarle y le preguntó:

—¿Qué debo hacer para ganar el cielo?

El Sin Nombre calló un momento y después le contestó:

—¡Amigo mío! Debes desprenderte de tres cosas: de vuestra fe, de vuestra buena fe y de vuestra mala fe, para poder entrar en el reino de los Cielos.

Porque con vuestra fe creéis evocar al demonio, a cada momento, y os servís de él como espantajo para aterrar al pueblo, haciéndolo creer que vos podéis luchar con él para detener el mal.

Con vuestra mala fe aparentáis que podéis invocar a Dios, confeccionando ciertas palabras que brotan a flor de labios y hacéis creer que llegan hasta El para cambiar sus designios y enviar todos los bienes.

Y con toda la buena fe estáis construyendo vuestra dicha personal con los cráneos de los muertos y con la carne de los vivos.

¡Mirad, amigo mío! Las perlas del abismo no salen a la superficie si no hay un pescador que las saque.

Vos sois un comediante que representa, en el teatro, ciertas comedias, mas nunca habéis pescado perlas legítimas. Tenéis inteligencia para representar y hacer creer a los demás que sois pescador de perlas.

Vosotros los Clericales sois de dos categorías: la una mente a sabiendas y la otra mente sin saber. La primera mente y se burla de los crédulos y la segunda cree en la mentira, y ambas están muy lejos del espíritu de la Verdad.

Vosotros llamáis buenos a los miedolentos y la sangre derramada de vuestros enemigos os parece la mejor razón para el triunfo de la pequeña verdad.

Hay que amar al amor de Dios y no a Dios, porque nadie sabe ni puede amar a Dios; hay que querer a los hombres y no al hombre; hay que compadecer el amor del torturado demonio y seréis buenos clericales.

El buen clerical es aquel que conduce a los hombres hacia la vida para ilustrarlos en la religión, mas no aquel que los acarrea a los templos-mercados.

El ruido de los templos es tan fastidioso como el zumbido de las moscas palúdicas.

No debéis maldecir el menos bien de los hombres porque el menos bien se hunde en las entrañas y saca a flote las cosas buenas que encierran.

Dejad que el mundo gire alrededor de su eje y no alrededor de vuestra apasionada Teología.

La Teología es como la mente: hoy cree y mañana duda y cuando la voz de la verdad cae en vuestros oídos la llaman eco mentiroso. Vosotros los bulliciosos no podéis creer en un Dios silencioso invisible; sino en los dioses que ensordecen al mundo con el infernal ruido.

Espíritu y Verdad son hijos del Silencio: aprended y enseñad la adoración a Dios en el silencio del Espíritu y de la Verdad.

No debéis, ni podéis enseñar nada que esté rechazado por la razón porque la razón es un fuego, fuego Divino que devora lo superfluo de la ciencia.

Sed autores en la divinidad y no payasos de un Dios bullicioso.

El amante de la verdad no busca ni el pro ni la contra; porque la verdad no tiene ni "si" ni "no". En la soledad de la verdad, viven siempre los Señores de la Mente.

Conducid al hombre a esta soledad y se olvidará de su venganza contra los dioses.

Adorad en silencio y dejad de cantar como los mosquitos palúdicos.

Si tenéis las almas anémicas, no debéis pedir la sangre a los fieles; porque esta sangre os convertirá en vampiros.

Dios pide silencio en el corazón y no alabanzas con gritos y zumbidos. Exige la risa en las entrañas y la verdad en los labios, mas no el lloriqueo y la adulación.

No se debe arrodillarse ante Dios porque los hombres que se arrodillan no trabajan.

Los pequeños se arrodillan y se vuelven más pequeños y no podrán escalar hasta los pies de la Divinidad, porque ven y piensan que todo lo grande es deforme: lo sobrenatural se vuelve para ellos antinatural. La vanidosa modestia es la perdición del clerical, porque no puede encender en él el orgullo Divino y le convierte en humo sin llama, que provoca las lágrimas en los ojos y no calienta al cuerpo.

Sí, amigo mío, la fe, la mala fe y la buena fe hacen de vos un teólogo inteligente: dadme vuestra fe, vuestra mala fe y vuestra buena fe y seréis pobre de espíritu y para el pobre de espíritu es el Reino de los cielos.

CAPITULO IX

EL SACERDOTE

Y entonces llegó a él un sacerdote y le dijo:

—Innominado ¿Por qué escandalizáis al pueblo, cargando con sus dolores? vuestro pecado es imperdonable, porque Dios envía el dolor para tentar al hombre y para castigar sus culpas. Tú eres un tergiversador de la Gran Ley.

Y el Innominado calló un momento como quien oyera una voz lejana y luego dijo:

—No me es desconocida esta voz: ha muchos años hirió mis oídos y hasta hoy posee los mismos instrumentos que hieren: la ignorancia y el egoísmo.

Recuerdo que vuestros ojos están siempre enrojecidos, y vuestra boca semeja un abismo que traga todo y no devuelve más que sonrisas burlonas. Vos sois el eterno narcótico que adormece a los niños que sienten hambre y claman por el seno de sus madres.

Vuestro impotente dios os enseñó la medicina del adormecimiento y de la pereza.

Vuestro odioso dios os inteligenció cómo mamar dormido, los senos de la Gran Madre, sin dejar

una gota de leche para los verdaderos hijos hambrientos.

Vos sois el perro que se alimenta del pan de los hijos, vendiendo a éstos las migajas.

Sois el desierto estéril que arrasa con vuestro simún, la fertilidad.

Vuestra alma es tan hambrienta como la mía, pero, ¡qué distinta hambre es la mía de la vuestra!

La mía tiene hambre de dolores, de sufrimientos, de desgracias; la vuestra de gozo, de bienestar y de riquezas.

También vuestra sed es distinta: Vos tenéis sed de alientos. Yo tengo sed de suspiros.

Vos y yo somos dos voraces tumbas y ambos somos como el mar: vos tragáis los cadáveres para devolverlos a las orillas; y yo trago las Vidas para guardarlas en mi seno.

Vos sois solapado, como el sueño, entre los hombres, y os creéis más que un hombre.

Sois el predicador de un dios a quien mucho amáis y ese dios es vuestro estómago. Sois como un ventrilocuo que balbucea salmos y distrae la mente.

Todo, todo en la vida, desde el átomo hasta el sol, recorre el sendero subiendo espiralmente, mientras que vos vivís satisfecho con lo que habéis heredado del antiguo demonio.

Oíd y os diré quien es el sacerdote:

El sacerdote es el hambre, en el demonio, que quiere comer a Dios.

El sacerdote es la sed en las almas condenadas que quieren beber a Dios.

Dadme vuestra Trinidad y yo os daré mi trinidad y seréis el verdadero sacerdote.

Dadme vuestro estómago, vuestro vientre y vuestro bajo vientre y yo os daré mi ansia, mi sed y mi hambre.

No es crimen matar a Dios; el crimen es sepultarlo en el vientre.

No es crimen crucificar el alma; el crimen es clavarla en el bajo vientre.

Pero decidme, hermano mío: ¿Qué concepto tiene vuestro estómago de vuestro Dios? ¿Qué os dice vuestro charco impuro de la fuente pura?

Escuchad: yo os diré lo que es el hombre-dios:

El hombre-dios es aquella fuente que inunda el charco de la humana razón, de su saber y de su virtud altruista.

El sacerdote u hombre--dios es el que genera cientos de hijos y regenera a miles.

Siempre la ansia clama a lo invisible; pero el estómago está siempre sordo al clamor.

Debéis lamer la luz para crear oídos internos y así llegaréis a ser el Sacerdote del Altísimo.

* * *

Cuando el Innominado terminó su enseñanza extendió las manos para recibir el estómago, el vientre y el bajo vientre del sacerdote, pero éstas rasgaron solamente el aire porque el sacerdote había desaparecido y entonces dijo:

—¿Hasta cuándo seré una fruta verde?

CAPITULO X

LA AMISTAD

Y vino al Innominado un hombre que lloraba lágrimas rojas y dijo:

—Yo no puedo daros nada para aliviar mi dolor, he perdido a mi amigo.

El Sin Nombre le dijo:

—Nunca habéis tenido un amigo para perderlo. Lo que habéis perdido y lo que lloráis es vuestra ilusión.

El amigo es una parte integrante del ser; el ser que pierde su parte integrante, perderá su existencia.

¿Podéis perder el corazón y seguir viviendo? Fuísteis como un viajero que pisaba los talones en busca de la amistad y todos os quitaron substancia para recompararos con un mendrugo.

Habéis cargado todo lo repugnante y todo lo prohibido de la humanidad; por eso la humanidad no halló en vos ninguna virtud.

Habéis adorado al hombre que echó sobre vuestros hombros todos sus crímenes y vuestros hombros fueron encallecidos, y habéis creído sentir

la fe en las palabras, en los sentimientos y en la vida.

La amistad humana es como la serpiente que cambia de piel cada año y quizá la amistad no es más que la piel de la serpiente.

La amistad de los hombres tiene ojos enfermos que no ven sino a través de lentes fabricados en el taller del egoísmo.

La misma mentira en el fondo del alma se convierte en amistad entre los hombres.

La amistad es el sentimiento del justo y quien quiere ser justo en su alma, no puede tener amigos, ni nadie quiere ser amigo suyo.

Amistad es la voluntad de dos para crear a un tercero: el perdón a lo humano.

El monumento de la amistad debe ser más alto que el "tú" y el "yo" y quien no se edifica a sí mismo, no encuentra en donde alojar la sacra amistad.

En verdad, en verdad os digo: un solo hombre supo ser amigo verdadero y fué crucificado por sus propios amigos; por eso decía: "Mi reino no es de este mundo".

En verdad, en verdad os digo, debéis sentirnos feliz, porque al perder a vuestro amigo se os ha ahorrado el dolor de la crucifixión.

La amistad de los hombres es una cuerda tendida entre el mío y el tuyo.

Quien quiere ser un buen amigo debe ser un acróbata inteligente e intuitivo para no dar pasos peligrosos en esta cuerda.

El buen consejo es un paso peligroso, la sana crítica es peligrosa, el saber es peligroso, la leal-

tad es peligrosa, la verdad es peligrosa para la amistad.

La amistad entre los hombres debe ser un interminable camino, un camino sin fin, porque el fin es el principio del tedio.

La amistad no debe ser un manjar que empaleta, ni una bebida que embriaga; la amistad debe ser una flor aromática que perfume el ambiente corrompido.

Para ser buen amigo entre los hombres, debéis prodigar muchas palabras y cerrar las puertas del corazón. Debéis ser una fruta perfumada pero muy amarga.

Debéis ser una flecha que pasa por encima de las cabezas.

Pero, para ser un buen amigo entre los dioses debéis abrir vuestro corazón con la llave de la lealtad y preparar tu cabeza para la corona de espinas. Debéis abrir las manos para dar y mantenerlas abiertas y extendidas para que sean clavadas.

Amistad significa humanidad; lealtad es divinidad: Dadme vuestra lealtad y vuestro amigo vuelve, y con él vienen otros diez más amigos que él.

La amistad es una máscara, la lealtad es la verdad desnuda y, ¡ay de quien desnude a la verdad ante los ojos enfermos por la corrupción!

Mirad! Vos no sois un leal amigo. El leal amigo es como el cirio que quema su alma y no quiere gratitud ni retribución.

El leal es el que siempre da más de lo que promete.

El leal es un Dios que se destrona para colocarse en las heridas de los hombres.

El leal es aquel que se sacrifica hoy, para redimir el mañana.

Leal es aquel cuya alma está repleta y se da con su alma repleta olvidándose de su vacío.

El leal es como aquella gota de agua que cae de una nube suspendida en el firmamento.

¿Fuísteis así en vuestra amistad? ¿No? Pues, id con paz, porque nunca habéis sido un amigo, ni nada habéis perdido.

CAPITULO XI

EL PARTIDARIO

Y llegó a él un fanático partidario y preguntó:
—¿Qué te daré para obtener el triunfo de mi partido?

Y él contestó:

Todos los partidos deben ser fragmentos indivisibles en la Unidad.

Vos habéis hecho de vuestro partido una cuerda tendida sobre el abismo, para luego obligar a todos los hombres que esquiven el peligro andando sobre la cuerda.

Afiliarse a un partido es cubrir la cabeza para andar descalzo.

El verdadero hombre es universal, se convierte en un puente de todas las diversidades.

El ser universal es la lluvia que apaga la sed del lobo y del cordero.

El ser imparcial por la sublimación es la orilla en donde los náufragos buscan su salvación.

El hombre sin partido es el único que puede abarcar la diversidad del hombre, porque es impersonal.

El impersonal construye la morada de los pueblos y por ellos da la vida.

El impersonal no necesita de cuerdas, ni de puentes, porque no tiene abismos de dolor.

El, no busca poseer virtudes; él acrisola virtudes ajenas.

El disipa su alma en boca de todos y se avergüenza de dársela a uno sólo.

Dar a uno sólo es querer "gratitud" y retribución; llover sobre todos es el dar sin recibir.

El personalismo de los partidarios da palabras doradas en vez de pan blanco; promete hechos y da promesas.

Vos pretendéis reparar el daño con dañar las reliquias del pasado.

Toda diversidad sale de la unidad, y toda diversidad cabe en la unidad.

Todo "ismo" mana del uno; pero el uno no es ningún "ismo".

Los partidarios son esclavos que pretenden libertar al mundo: tienen un alma superficial y hablan de la profundidad del alma; son vacíos y predicán todas las cosas. No poseen corazón pero su razón funciona en el estómago.

Sed un rayo y dejad de ser truenos.

Sed una luz y no metáis tanto ruido como los tambores vacíos.

Sed el fiel que entra en el templo y no la campana, que llama a la oración, pero que nunca ora.

Es bueno sembrar el germen de las esperanzas, pero ¡ay! de quien alimenta con este germen la necedad, la ignorancia y la presunción.

Vosotros tenéis el caos en vuestras mentes y

decís que habéis encontrado la fuente de la armonía.

Ya llegará la hora y hora es, de que todos comprendan que el servidor del pueblo no debe ser la sanguijuela prendida en el alma del pueblo.

¿Pero?... A qué hablar más, yo no soy el médico de vuestro personalismo, yo soy su devorador. Dadme vuestro personalismo y...

Una risa cortó el discurso del Innominado.

El partidario, se rió, se rió...

Y con la risa el hombre se vé por dentro.

CAPITULO XII

EL HIJO

Y llegaron a él un padre y una madre llorando y le dijeron:

—¿Qué os daremos para que nos devolváis al hijo pródigo?

Y el contestó:

—Vuestros hijos no son vuestros hijos. Vuestros hijos son los hijos de vuestras pasiones.

El hijo es un anhelo cristalizado.

Vuestros deseos son vuestros hijos, mientras que los hijos son vuestros nietos.

Dadme vuestras pasiones y entonces podéis engendrar hijos.

Vosotros sois la gran Boca que sopla hijos vivos en la trayectoria hacia la inmensidad.

Podéis soplar el aliento de la vida porque no podéis retenerlo largo tiempo y porque vosotros sois Dioses.

Debéis inhalar hijos para poder exhalar hijos. Debéis formarlos en los pensamientos para poder depositarlos en el vientre de la noche y verlos nacer mañana.

El hijo es un deseo intenso que hoy nos viene al encuentro y mañana nos abandona a la suerte de nuestra pasión.

Los padres no deben ser pescadores de hijos, sino maestros del sentido de la existencia, porque el hijo es el rayo que se desprende de dos oscuras nubes humanas que chocan.

Vuestros sentimientos deben ser relámpagos intermediarios entre vosotros y vuestros hijos.

Los hijos —deseos son los sepultureros de los padres quienes utilizaron las pasiones como cebo para pescar hijos del corazón de la noche.

El hijo -deseo es el apetito insaciable que se apodera del estómago voraz y causa el dolor de la gula.

Los padres deben ayunar para que los hijos practiquen el ayuno: el ayuno es el gran depurador de las vidas.

Los buenos padres son los buenos veladores que se complacen en mirar a los hijos durmientes, de cansados cuerpos y de tranquilos sueños, para que cuando abran los ojos, miren al sol y caminen hacia la luz, como el navegante hacia el puerto en donde le esperan los seres amados.

Dadme vuestros verdaderos hijos y vuestros nietos serán hijos buenos y perfectos.

CAPITULO XIII

LOS NEGOCIANTES

Y llegaron a él los comerciantes para venderle la crisis en cambio de la fortuna y él les habló así:

—Vuestros bienes son compañeros muertos y muy pesados que tenéis que cargar por donde quiera que vayáis.

Vuestros ojos están siempre cerrados a la luz y queréis palpar en las tinieblas de la ceguera.

Vosotros tenéis fe en vuestro tacto prescindiendo de todos los demás sentidos. No queréis mirar a la justicia, ni olfatear la veracidad, ni saborear el desprendimiento, ni oír la música del agradecimiento.

Para llegar a vuestro objeto, seguís una sola ruta, saltando por encima de los esqueletos y huesos, bailando en los cementerios y sobre las tumbas.

Vuestro tacto refinado os ha convertido en veladores de muertos.

Hasta a las almas habéis puesto precio y las almas se han convertido en vacas lecheras.

Vuestro poder está en la astucia del zorro y la traición del lobo.

La paciencia del burro es la mejor montura para recibir vuestros formidables pesos. El canto del canario es vuestro mejor tejedor de jaulas; el valor del héroe es el mejor broquel de vuestros mezquinos sueños.

Vosotros sois los humilladores de la dignidad y los burladores de la sabiduría.

Quien bebe el sudor de la frente, sufrirá el hambre de la verdad.

Quien se hermana con las ranas, no puede tomar agua límpida, aunque el charco refleje el disco del sol.

Sois náufragos en el mar que mueren o de sed, o por tragar mucha agua salada.

Es bueno negociar pero es pérfido hacer del alma una tienda.

No es malo vender y comprar, pero es abominable formar del alma una medida o una pesa.

En la balanza del espíritu el "yo debo" es mucho más liviano que el "yo quiero".

El "yo quiero" es el precio del alma; el "yo debo" es la oración del espíritu de la tierra que santifica la balanza y la medida.

El haber arrastra al odio y a la ambición; el deber es la red tendida en el mar de los dones.

Crear nuevas ganancias y nuevos valores es legar a la posteridad hijos y nietos esclavos.

Vosotros sois los esclavos del "yo quiero" y legáis esta esclavitud a vuestros hijos que son inocencia y una plegaria.

Dadme los cadáveres que cargáis y seréis los buscadores de las joyas inapreciables.

Quiso el Innominado seguir su plática; pero se oyó entonces un gruñido semejante al del perro que defiende un hueso contra otro perro, y aquel gruñido cortó la palabra al Sin Nombre...

CAPITULO XIV

DE LA LEY

Muchos sabios y legisladores llegaron hasta el Innominado y le preguntaron:

—¿Qué puedes objetar de nuestras leyes? ¿No son los mōdes más adecuados para elevar la vida de los hombres?

Y él replicó:

—Vosotros queréis abarcar el océano de la vida en la palma de vuestra mano.

¿Quién es el legislador y qué es la ley?

El legislador es un médico enfermo que receta la ley, remedio que no pudo curarle su propia enfermedad.

Legislar es un hecho muy difícil; para legislar es preciso haber vivido la ley.

—¿Cómo podéis dictar leyes si vosotros sois los primeros en quebrantarlas?

—El hombre-ley vive la ley escrita en su corazón y su vida es el sendero de los demás; en cambio el desvergonzado dicta leyes circulares que giran alrededor de su "mío".

Cien veces debéis morir en vida para trazar la ley de la vida que es el estímulo del alma.

Cien veces al día debéis reñir con vuestro "mío" hasta vencerlo para que el "yo" os convierta en meta.

Cien veces debéis desnudaros ante la justicia para que el alma sacie su hambre de verdad y pueda dormir sin pesadillas.

El hombre-ley es salud, es alegría y es abundancia; pero el legislador de leyes es un médico que receta drogas aperitivas para la gula, madre de toda enfermedad, de toda aflicción y de toda miseria.

Pocos legistas poseen estos dones e ignoran que los aperitivos para la gula son como el opio que adormece el dolor del alma enferma, levantando su hambre para poder devorar todos los mandamientos.

Sed vosotros las leyes y evitaréis el trabajo de dictarlas: el mejor legista es el que camina bien, sin necesidad de apoyo.

Sed vosotros leyes y vuestras noches se deslizarán con toda suavidad sobre todas las virtudes.

Sed vosotros leyes durante el día y no tendréis que rumiar el insomnio durante la noche.

Dejad que vuestros errores os dicten vuestras leyes, esto es mil veces preferible a que vuestras leyes os obligen a cargar con la venganza, el odio y el insomnio.

Reflexionad en el sueño que es el padre de todas las bondades: el sueño no roba, ni fornicar, ni desea el bien ajeno.

Pero el sueño no debe ser solamente de noche sino de día también.

Feliz es aquél que se convierte en ley durante el sueño.

Las leyes dictadas por el sueño de los sentidos enseñan al alma a velar para la eternidad.

Las leyes son excitantes de la inteligencia; mientras que la Ley es la madre sabiduría en cuyo regazo duermen todos los hijos obedientes y rebeldes.

Bienaventurados los que callan, acallan y duermen hasta convertirse en Ley.

La humanidad es el sublime poema de una sola Ley; vuestras leyes son como las arenas del simún en los ojos de la Ley.

El ideal de la Ley está más allá de los hombres; las pasiones del hombre son fragmentos de una Ley destrozada.

Echad vuestros fragmentos en la pira del gran centro y seréis la Ley.

CAPITULO XV

DE LOS NOBLES

Y llegaron a él los nobles, hijos de nobles, en una actitud irrisoria, con la mano derecha en el bolsillo y con la izquierda se tapaban las narices y dijeron:

—¡Innominado! Debéis cargar con la fetidez del pueblo para darnos la libertad del olfato.

Y él, con una sonrisa compasiva, les dijo:

—Vosotros sois las tumbas: vuestro exterior es mármol blanco, mas nadie se atreve a descubrir vuestro interior; con todo os quejáis de la fetidez del pueblo.

Vosotros sois las muelas cariadas en la boca de la humanidad que malignamente punzan de noche y se calman de día.

Vuestro enfermo olfato se deleita con la fetidez de vuestros miembros gangrenados y rechaza con repugnancia el olor de la salud que emana el pueblo.

En vosotros el hedor de la nobleza heredada es un goce embriagador, porque no sabéis salir de

vosotros mismos; mientras que la fragancia de la nobleza adquirida os enferma.

La nobleza no se hereda del hombre; la nobleza se adquiere desde más allá del hombre.

La nobleza heredada es la locura del mismo.

Las cenizas del hombre son sus historias cuyos polvos producen el catarro y la ceguera del espíritu.

El fantasma de la nobleza se forma de las cenizas de sus antepasados como se forman los gusanos en el fruto podrido.

Para libraros de vuestro fantasma, no debéis conservar la ceniza de vuestros abuelos, en urnas doradas, sino debéis esparcirlas desde la cima de una montaña para que sea depurada por los cuatro vientos.

En las cimas de las montañas, los hombres viven cuerdos, lejos de los fantasmas y de las alucinaciones del pasado.

El pasado es el padre de muchas alucinaciones mentirosas y enfermedades hereditarias de todas las naciones y pueblos.

El pasado en los pueblos es una vejez que impide a la humanidad saltar hacia la superación.

En verdad, en verdad os digo: la vejez del cuerpo supedita al alma y el alma supeditada reniega del espíritu y no oye la voz de las entrañas.

El alma renegada impide a la mente que taldre el dique de la herencia para asomar y contemplar el mundo ultrahumano.

El mundo humano es el mundo de los antepa-

sados; el inhumano es el nuestro; pero el superhumano es la nada humana e inhumana.

El que habla de sí mismo se arrastra y nunca podrá volar: los cerdos hablan de sí mismos por eso no pueden voltear ni levantar la cabeza.

La nobleza heredada siembra sus semillas en el polvo de los siglos y engendra parásitos humanos.

Los parásitos se dedican siempre al estudio de la pasada historia, siempre miran atrás, a la obscuridad de los tiempos, y con aquella tela negra de los siglos pasados, confeccionan las vendas necesarias para los siglos futuros.

Depositad en el centro la locura heredada, el catarro racial y la ceguera religiosa y vuestras narices se abrirán para aspirar el aliento perfumado del ser y el soplo creador de la Vida.

CAPITULO XVI

DE LOS MEDICOS

Y un día le acorralaron los médicos y le interpellaron:

—¿Con qué potestad y autorización sanáis a los enfermos?

Y él respondió:

—Yo os contesto con otra pregunta: “¿Con qué derecho vosotros fabricáis enfermedades para administrarlas en dosis a los cuerpos sanos?”

Vuestra ciencia es un pequeño juguete de vanidosa razón.

Vosotros sois de piel dura; yo de pegar duro con mis verdades, para despertar a vuestros dormidos espíritus.

Sois los maquilladores de la enfermedad. Podéis dorar el hierro; pero muy pocos son los que transforman el hierro en oro.

El médico enfermo puede curar, pero el sano es el único que puede sanar. El médico enfermo ejerce, y receta el remedio para adormecer la enfermedad; el sanador es aquel que quita el pecado de la enfermedad.

En verdad, en verdad os digo: la enfermedad es un pecado y el pecado es una enfermedad. El médico maquilla la dolencia; mientras que el sanador la lava en la fuente del amor para salvar a la víctima.

La ignorancia, el odio y la ambición son dardos de acero que atraviesan las entrañas del hombre.

Venid médicos de la periferia y yo os haré ver el reflejo de la enfermedad en el espejo de mi centro.

La enfermedad es la manifestación de la ignorancia y la dolencia es el humo del fuego pasional. El sanador es la fuente de los elevados ideales en la que se baña el enfermo para alcanzar así la salud permanente.

La pasión aporta el dolor; la gratificación en la degeneración debe ser depurada por la enfermedad.

El dolor es el castigo por la violación de la Gran Ley; la salud es el retorno a la armonía.

En donde existe un dolor, existió antes una pasión.

Los deseos formaron el cerebro pero los deseos se alimentan del mismo cerebro.

El dolor es el hijo del pensamiento enfermo; el pensamiento elevado es la fuente de toda salud.

Los sentidos y la mente son juguetes tras los cuales se oculta el deseo que habita en la propia carne.

La salud es la unión entre el cuerpo y la mente.

El sanador debe ser el punto de unión entre los dos.

Podéis administrar drogas a vuestros enfermos; pero es preferible que vosotros mismos os convirtáis en salud de los enfermos.

Vuestros cuerpos son los mejores remedios y vuestra sangre es la más sana bebida.

El enfermo que no come el cuerpo de su sanador y que no bebe su sangre no puede tener una vida para sí y en sí.

Dadme vuestros cuerpos y vuestra sangre y tendremos la Panacea.

Los médicos, al oír esto, huyeron despavoridos del Innominado para no ser contagiados de su locura y uno de ellos dijo:

—¡Qué bueno es el centro para Manicomio!...

CAPITULO XVII

DE LOS GUERREROS

Y una mañana llegaron a El los guerreros armados hasta los dientes y le preguntaron:

—¿Qué podemos daros para que nos proporcionéis la victoria en la batalla que vamos a emprender?

El Innominado calló un minuto y luego dijo:

—Después del triunfo, en la boca del vencedor quedará siempre una amarga derrota.

La debilidad del vencido es una polilla que roe el corazón del vencedor.

La grandeza de la victoria tiene siempre mucho de veneno aunque no es drástico; pero infaliblemente es mortal.

El héroe lleva siempre en su frente la vergüenza del triunfo y sobre sus hombros la desgracia de los pueblos vencidos.

La Victoria que es Victoria, no es el triunfo común y ordinario.

El que busca la victoria no debe solamente despreciar la muerte, sino que no debe ser esclavo de la vida.

Nunca puede triunfar el esclavo de la vida; es necesario venerar a la vida y no dejarse encadenar por ella.

En los labios del triunfador brilla la sonrisa de la satisfacción, pero en sus ojos retumba el desprecio del vencido.

La victoria debe ser compasión y no venganza, porque el asesino nunca se atreve a dar cuenta a la vida.

El recuerdo del triunfo precipita la sangre en las venas del salvaje y se pone a la altura de su salvajismo; pero el recuerdo en el corazón del verdadero héroe le hace palidecer de remordimiento y enrojecerse de vergüenza.

La victoria hechiza a la mente y endurece al alma. Las armas son como las mujeres voluptuosas que buscan siempre embriagar los sentidos y así la sangre llama a otra sangre y clama venganza.

El asesino victorioso al sacudir su cabeza se desnucaba bajo el peso de su triunfo.

¿Qué es el héroe en las guerras? Una bestia de carga que está condenado durante toda su vida a llevar el peso y ser azotado por las noches.

¿Qué es el héroe en las guerras? Un envidioso enfermo que quiere contagiar con su mal a todo ser vivo.

El que padece de insomnio quiere despertar a los que duermen tranquilamente para tener compañía.

La victoria tiene mucho de alcohol y embriaga rápidamente: la embriaguez del alcohol des-

aparece al día siguiente, pero la de la victoria no tiene remedio sino en la derrota.

Vosotros no podréis creer sino en un Dios que sepa guerrear, por eso invocáis al Dios guerrero para que os conceda el triunfo.

Dadme vuestro Dios guerrero y haré de él una linda acémila, pero en cambio os daré el Dios de la Paz y vuestro triunfo estará seguro.

Sed héroes de paz y el triunfo se convertirá en obediente soldado vuestro.

Declarad la guerra contra la guerra y seréis dioses de los dioses.

CAPITULO XVIII

DE LA NECEDAD

Se acercaron al Innominado tres necios; sonrientes, le contemplaron detenidamente y luego los tres estallaron en carcajadas.

El Sin Nombre, tembló manifiestamente, pero cuando callaron, les dijo:

—Bendita sea la ignorancia ante vuestra necedad. La ignorancia tiene mucho de inocencia y es humilde mientras que la necedad es la hermana de la presunción, y se infla por el fuelle del orgullo.

La ignorancia tiene remedio pero la necedad es incurable.

Vuestra carcajada me ha hecho temblar, e hizo temblar a la tierra la que indulgentemente os soporta.

Las carcajadas del necio son como las hierbas parásitas, no tienen raíces en el alma.

Los necios saltan los escalones pero la pesantez de su sangre no se los perdona: llegan a veces a las alturas del hoy para precipitarse en los precipicios del mañana.

El que vive en el centro no puede despreciar a los parásitos de su periferia, aunque a veces le hacen temblar. Y cuando desde el centro quiere hablar nadie le oirá: grande es la distancia.

El rayo del centro produce la ceguera en los ojos del necio y aumenta su obscuridad, porque la luz para los ojos enfermos es una maldición.

La necedad es el suicidio paulatino y las palabras del necio son como espadas suspendidas sobre su cabeza.

Todo defectuoso busca la liberación menos el necio, quien, igual al cerdo, vive contento en sus inmundicias.

Todo hombre tiene sed de estrellas, mas el escarabajo del necio rueda con alegría, en el estiércol.

Vosotros sois prisioneros que nunca sueñan con la libertad, porque vuestras almas no pueden tener aspiración.

Toda enfermedad tiene una causa circunstancial, pero la necedad es la causa de todas las enfermedades, porque sí.

El deseo elevado es el acíbar en la boca de la necedad.

¡Cuántas veces os he echado el anzuelo con el cebo de la esperanza y caridad, más vuestro olfato repudiaba siempre la fragancia.

¡Id, amigos míos, id! vosotros no tenéis remedio, pero vuestra necedad será vuestro mayor castigo.

CAPITULO XIX

DEL AMOR

Llegaron a él una pareja de novios y le dijeron:

—Innominado, queremos el amor completo y perfecto. ¿Qué nos exigís en cambio?

El Innominado sonrió y luego dijo:

—El amor, amigos míos, es una luz que encierra en sí tres colores: rojo, amarillo y azul.

El amor rojo es un cocodrilo cuyas fauces insaciables tragan la víctima para derramar después abundantes lágrimas.

El amor amarillo es un compañero fiel y amigo leal que acompaña al hombre hasta la tumba.

Mas el amor azul es un Dios que carga al hombre en sus alas y le obliga a desprenderse de la atracción de la tierra.

El amor rojo es libertinaje, el amarillo es libertad y el azul liberación.

El amor rojo es animalidad, el amarillo es humanidad y el azul es divinidad.

El hombre tiene el poder de arrastrar a Dios

hacia la animalidad; pero también tiene la potestad de elevar la animalidad hacia Dios.

Los más terribles de los hombres son los que viven en la Divinidad y llevan dentro de sí un animal feroz que se alimenta con gratificaciones y placeres.

Oíd, amigos míos, la semilla debe ser sembrada en terreno fértil y nunca sobre la roca o entre espinos; porque los espinos y las rocas dan engendros espantosos, los que, como víboras ciegas, muerden hasta a sí mismos.

Las semillas mal sembradas producen una tupidísima melancolía que espera con las fauces abiertas. Sed animales, si quisiéreis, pero no clavéis a la Divinidad en la animalidad.

Generaos para el amor y amaos para la generación mientras corréis hacia la regeneración.

Sed abundancia y salud en vuestras generaciones de amor, porque el que procrea, crea y recrea.

Sed rosados en el amor y no rojos.

Sed fuego y luz en el amor mas no humo.

Sed en él sonrisa y lágrima, pero no carcajada.

Si queréis ser perfectos amantes, debéis dar-me vuestro color rojo, vuestro humo y vuestra carcajada.

Cuando el Innominado terminó de hablar, los amantes se alejaron tapizando el camino con un manto lúgubre de una honda decepción...

CAPITULO XX

DE LA SABIDURIA

Acudieron a él siete sabios y le preguntaron:

—Innominado, ¿qué es la sabiduría y qué os daremos en cambio de élla?

El Sin Nombre, con una sonrisa de compasión replicó:

—Amigos míos, la sabiduría es lo que es.

La sabiduría es una aurora en el espíritu cuyo sol es siempre invisible.

La sabiduría es una palabra creadora pronunciada por un pensamiento silente.

Yo no puedo daros sabiduría, porque la sabiduría es lo que es.

Yo os guío hacia la salud, porque en el centro está la salud.

En el mar de vuestro espíritu yacen las inapreciables perlas; podéis adornaros con ellas, mas tened cuidado de no echarlas a vuestros asquerosos sentidos para apreciarlas.

Aquel que busca la sabiduría tiene que inmolarse el brillo de sus ojos y el fulgor de todas sus virtudes.

El sabio debe utilizar todas sus virtudes como cebo para pescar la Sabiduría que es devoradora de honores.

La sabiduría es la vida que quiere ser muerte y es una muerte que alimenta a la vida.

Las entrañas del sabio son los alimentos de la Sabiduría, mientras que los supérfluos alimentan sus entrañas con la Sabiduría.

Todo superfluo es enfermo del hígado y su bilis le sirve como tinta para escribir sabidurías indigestas.

La sabiduría es un veneno mortal en la boca que dista mucho del oído.

La sabiduría es el hambre que devora el corazón y la sed que consume el alma.

La sabiduría es la nostalgia del retorno definitivo al centro del ser.

¡Amigos míos! yo no os doy sabiduría, pero sí puedo indicaros el camino que conduce hacia ella: refugiaos en la soledad del Centro y sed sordos a las pequeñeces de los grandes hombres.

Id a la soledad del centro en el reino del silencio, en el océano de la calma y sacaréis a flote las inestimables perlas.

El sabio obra sin dudar.

Enseña sin hablar.

Legisla sin ruido.

Gobierna sin luchar.

El sabio es sordo a los ruidos de los hombres inteligentes que se aprovechan del momento y que miden el pro y el contra.

El verdadero sabio nunca puede elegir el momento, ni exige una condición.

Su firmeza es su recompensa.

Su grandeza es su gloria.

Su valor no tiene precio.

Su sed sacia y su hambre alimenta.

El sabio no es una gota de miel; el sabio es insecticida.

Entre el corazón del sabio y el mar hay mucha semejanza: ambos reciben y aniquilan las larvas venenosas de los hombres y purifican sus impurezas; sin embargo no se vanaglorian con su obra de limpieza.

El pensamiento del sabio es un huracán recio que barre con todos los dioses y los demonios que recompensan y castigan por la grande y la pequeña existencia.

Pero cuando lleguéis a sabios, aparentad ignorancia ante la pequeñez de los inteligentes si no la pequeñez se convierte en arma vengativa.

La sabiduría es el aguijón en la conciencia de los cientistas, por eso es odiada por ellos y el odio aumenta, con los días, su veneno.

Si queréis ser sabios, aparentad ignorancia o refugiaos en el fondo del mar de la sabiduría, dejando a las olas rabiosas en la superficie que choquen entre sí y que levanten el grito hacia la alta inmensidad.

Si queréis vivir tened cuidado de no corregir las faltas del pueblo y si queréis hacerlo, preparad de antemano vuestras más pesadas cruces.

La veracidad de la sabiduría no puede ser un manjar para el estómago del pueblo.

Sed voraces y veraces y seréis sabios.

Sed voraces para poder tragar los defectos y faltas del pueblo, de los ignorantes y de los necios y veraces con los pobres de espíritu, con los animales y con vosotros mismos.

Por último. ¿Queréis ser sabios? Pues sed como el agua, que se adapta a todo, para purificar toda mácula.

SEGUNDA PARTE

Un día el Innominado esperó, esperó y esperó pero nadie vino a él y entonces se preguntó:

—¿Ya no hay desgracias en el mundo? ¿Ya no existen dolores en la periferia?

Y esperó siete días más; pero al cabo, sintió en su corazón un ruido semejante al del volcán antes de la erupción. En el fondo de su corazón sintió el hartazgo del silencio que precede al rugido del mar y entonces habló; y en su voz había el fragor de los truenos que ensordecen e infunden el miedo y la meditación y dijo:

—Los hombres ya no quieren venir al centro y quieren vivir en la periferia de sus nacimientos y muertes.

Los hombres quieren romper la armonía del corazón con el ruido de su lenguaje.

Quieren huír de la luz del sol con cerrar los párpados, quieren desoír el anhelo y la pasión con taparse los oídos.

¡Pobres criaturas que pretenden desprenderse de la ley de atracción!

Ellos ya no quieren venir más hacia mí y yo no me manifestaré más en la circunferencia; pero seré un relámpago que viene y va, y nadie sabrá de dónde viene ni a dónde va.

Seré el trueno que infunde el miedo y la paz en los corazones.

Oíd, ¡pobres hombres! nadie puede escapar de mi ley de atracción, ni nadie puede huír de la luz de mi sol.

¡Oíd!..., ¡oíd!..., ¡oíd!...

I

El Cero Infinito es inconcebible, pero manifiesta el Uno.

El Seno Ilimitado de la Circunferencia contiene el Radio.

El Espacio concibe la Forma.

La Eternidad envuelve el Tiempo.

La Conciencia abarca la Mente.

La Eterna Letra (O) contiene la eterna (I).

Sin embargo del Uno se forman los Muchos.

El Radio mide la Circunferencia.

La Forma llena el Espacio.

El Tiempo habla de la Eternidad.

La Mente pesa la Conciencia.

La Eterna letra (I) se funde en la Eterna letra (O).

Ese Soy YO.

II

El Cielo es la realización de lo Bello.

El Infierno es la insatisfacción de lo Feo.

Lo Bello es el Triunfo.

Lo Feo es el Fracaso.

Luego:

El Cielo está en el Corazón lleno de amor y libre de deseos.

Con el amor engendra la Belleza.

Con la Bondad hace Poder.

Con el Silencio crea Sabiduría.

Este es el cielo.

Ese Soy YO.

III

La Religión es el Fuego del Amor.

El Fuego del Amor es la Virilidad de la Naturaleza.

La Virilidad de la Naturaleza es la alegre tristeza y el sano dolor.

Como el Sol:

Alumbra y quema.

Entre la Luz y el Calor siempre engendra.

Quemando alumbra.

Alumbrando vivifica.

Engendrando se eterniza.

Fuego, Luz y Amor forman la Religión Omnipotente.

Ese Soy YO.

IV

El mal es el dolor que auxilia el parto.

El dolor es el retorno a la curación.

La enfermedad es el principio de la salud.

El mal, el dolor y la enfermedad son hijos del abuso.

Aprovechan sin obrar.

Cosechan sin sembrar.

Guardan sin crear.

El bien ,la salud y la vida obran, siembran y crean.

Obran pero no aprovechan.

Siembran pero no cosechan.

Crean pero no guardan.

He aquí la diferencia.

Ese Soy YO.

V

En el amor no cabe preferencia.

Sin la preferencia no hay elección.

En el sacrificio hay fuerza.

En la fuerza hay libertad.

El Sacrificio y el Poder de los Poderes son

Uno.

Todo Sacrificio es sensibilidad.

Todo Poder es movimiento.

El Poder separado de la Sensibilidad en la Nada.

La Sensibilidad separada del Poder es la muerte.

El Poder unido a la Sensibilidad es la existencia.

La Sensibilidad unida al Poder es la conciencia.

Ningún Poder existe sin Sensibilidad.

Ninguna Sensibilidad existe sin Poder.

Ese Soy YO.

VI

- ¿Qué contiene el Infinito Espacio?
- Materia sensible.
- ¿Qué hay tras de ésta?
- Un Poder.
- ¿De dónde emana este Poder?
- De un Corazón.
- ¿Qué es Corazón?
- Es el Centro en donde se unen el Poder y la Sensibilidad.
- ¿Qué es Poder?
- Es el amor que vibra en la Forma.
- ¿Qué es Sensibilidad?
- Es el Amor del Poder.
- Pero, ¿qué es el Amor???...
- Ese Soy YO.

VII

El Amor es el dar continuo del Poder.

No tiene el que no sabe lo que necesita.

El Progreso es la necesidad de una voluntad libre.

Por la Liberación se llega al Triunfo.

Liberación de sí mismo y Triunfo sobre sí mismo.

Librarse de la inocencia y triunfar por el saber.

Librarse del placer y triunfar sobre el dolor.

La vida efímera es el escalón a la Vida Eterna.

El dolor es el aguijón de los rezagados.

La Naturaleza no puede dejar de dar porque sería indigna de lo Absoluto.

Lo Absoluto no puede crear nada que se detenga en su progreso.

La Liberación es no desear nada porque todo lo tiene.

Ese Soy YO.

VIII

La perfección menor causa la Muerte.

La Muerte es la búsqueda de la Perfección Mayor.

La imperfección ama la muerte.

La muerte es el fuego acrisolador.

La Luz es la Vida Eterna.

El humo es la pasión del Fuego.

El ser que no quiere ser el Ser vive el día y la noche.

El ser que quiere sentir la inmortalidad del Ser humea primero, arde después y luego La Luz Es Hecha.

Ese Soy YO.

IX

El ciego advierte y no ve.

El necio ve y no cree.

El fanático cree y no sabe.

El imbécil no sabe y no siente

Porque:

El ver, el creer, el saber y el sentir son elementos de la iluminación del hombre eterno e inmutable.

Ver claro es tener conciencia.

Creer firmemente es tener Sabiduría.

Saber perfectamente es tener Maestría.

Sentir hondamente es ser el Centro del movimiento circular de lo Eterno.

Ese Soy YO.

X

El Angel es un pensamiento bello.

El demonio es un pensamiento feo.

El angel calma la locura.

El demonio agudiza el dolor.

Pero, todo ser pensante es creador de ángeles
y demonios.

Por lo tanto, nadie puede vivir sin pensar.

Mas el Centro obra sin pensar.

Porque El sabe.

Ese Soy YO.

XI

El raciocinio que niega y afirma no es seguridad.

La Ciencia que cree que sí y que cree que no no es verdad.

La opinión práctica que es un provecho o una pérdida no es Natural.

Porque:

Lo incierto niega la vida.

Lo falso niega la paz.

Lo antinatural niega la dicha.

La Verdad vive, la falsedad aspira a vivir.

Lo Natural calla, lo antinatural emite opiniones.

El Centro no raciocina, pero asegura.

El Centro no emite opiniones, pero realiza.

Ese Soy YO.

XII

La voluntad se revela por la Obra.

La buena obra confiere Poder.

El Poder gobierna por la dulzura.

El Omnipotente tiene la Fuerza y se torna Suave.

El Omnisciente posee la Sabiduría y es tolerante.

El Omnipresente abarca el Todo y se vuelve invisible.

Porque:

El Poder está en la Dulzura.

La Omnipotencia mora en la Suavidad.

La Omnisciencia yace en la Indulgencia.

Y la Omnipresencia se halla en el Silencio.

Ese Soy YO.

XIII

La virtud es virilidad.

El virtuoso es potente.

El débil soborna a sí mismo con la virtud.

El amigo de sí mismo adquiere virilidad y no necesita de virtudes.

El impotente cotiza la virtud y todo lo cotizable poco valor tiene.

La virtud reside en el Centro.

El Sol es luz y no necesita de luz.

Ese Soy YO.

XIV

Los hombres son tres: fanáticos, incrédulos y sabios.

El fanático está en las tinieblas, el incrédulo en la sombra y el sabio en la Luz.

El Verbo es la Luz para el sabio, es la oscuridad para el fanático y es la sombra para el incrédulo.

El sabio ve, el fanático cree y el incrédulo duda.

El sabio intuye, el incrédulo razona y el fanático ignora.

La verdad desnuda es la religión del sabio, la velada es la del incrédulo y la oculta es la del fanático.

Razonar de sabiduría con los necios es echar perlas a los cerdos.

Sin embargo el Centro es la Luz, es el Saber y es la Verdad.

Ese Soy YO.

XV

La tentación es el Crisol del Sabio.
Como la ola ataca pero retrocede.
La tentación es la fuente de la Fuerza.
Huir de ella es cobardía.
Entregarse a ella es debilidad.
El aroma de la tentación es el saber:
Inflama el corazón.
Sutiliza los sentidos.
Ilumina la mente.
La tentación es la Fuerza:
Hay que buscarla para amarla.
Hay que amarla para dominarla.
Hay que dominarla para gozarla.
Los muchos oran:
"No nos dejes caer en la Tentación"
El Uno dice:
"Déjame cabalgar en la tentación".
Ese Soy YO.

XVI

Saber y hacer es humano.

Hacer y callar es Divino

Querer y poseer es egoísmo.

Amar sin desear es Divinidad.

Usar y no abusar es equilibrio.

Dar sin recibir es superación.

Sentir y realizar es sabiduría.

Concentrar en sí mismo es conocer a los demás.

Puede dar aquel que se identifica con la necesidad ajena.

El mejor servicio es no juzgar a nadie.

El amor no reclama afecto, el querer pide posesión.

El mejor servicio es el que alegra el corazón.

Todo ser necesita de algo y todo ser puede dar algo.

Quien no sirve de nada sirve.

Yo no necesito de nada y todo doy.

Ese Soy YO.

XVII

Tener fe es tener amor.
Amar a los hombres es tener fe en ellos.
Tener fe en ellos es tener fe en sí mismo.
Tener fe en sí mismo es amar la verdad.
Amar a la verdad es amar a la humanidad.
La fe sin amor es falsedad.
Amor sin fe es hipocresía.
Querer y creer es dominar el cielo y la tierra.
Quien quiere y cree no necesita de nadie, sin embargo todos lo necesitan.
Porque:
Su aliento purifica el aire.
Su palabra alegra las almas.
Su contacto sana.
Luego:
La fe es generación.
El amor es regeneración.
Ese Soy YO.

XVIII

La grandeza es el mar de los grandes Espíritus.

Los grandes superfluos flotan con ligera exi-
tación.

El grande sábese fuerte y colabora con los
débiles.

Guía el barco de los ignorantes a la orilla del
saber.

Rasga la ingenuidad que vela la perfección.

Reina sin dividir.

Triunfa sin engañar.

Armoniza sin herir.

Pacífica sin dominar.

No elimina el peso, pero alegra el corazón que
lleva la carga.

Ese Soy YO.

XIX

Pedir luz al sol es negar al sol.

Pedir felicidad a Dios es blasfemar contra Dios.

Mendigar amor a la Naturaleza es ofender la Naturaleza.

El sol dió toda la luz.

Dios dió toda la felicidad.

La Naturaleza dió todo el amor

Sin embargo:

El ciego niega la luz.

El blasfemo niega la felicidad.

El felón niega el amor.

El amor es la luz de la felicidad.

Ese Soy YO.

XX

Quien habla de sí mismo pierde a sí mismo.

El sí mismo está al final del sendero de la aflicción.

El peor enemigo de Sí mismo es el sí mismo.

Con el girar sobre sí mismo se llega al Centro.

El Centro está libre de las alturas del orgullo y de las profundidades de la ambición.

Aunque al Centro o al Sí mismo se le ve muy pequeño, como el sol, nadie puede mirarle detenidamente.

Ese Soy YO.

XXI

Nota: (Este capítulo está escrito, todo, con letras mayúsculas; yo no pude comprender la intención del autor, tal vez el lector lo comprenderá).

TODO HOMBRE ES REY; PERO TODO REY DEBE POSEER SU CETRO.

EL HOMBRE QUE PIERDE SU CETRO DEJA DE SER HOMBRE Y DEJA DE SER REY.

EL CETRO DEBE ESTAR SIEMPRE LEVANTADO.

CUANDO EL HOMBRE ARROJA EL CETRO, ESTE SE TRANSFORMA EN SERPIENTE QUE VOMITA LA MUERTE, Y CUANDO LE ELEVA DE NUEVO SE CONVIERTE NUEVAMENTE EN CETRO.

PERO ES MAS FACIL ARROJAR EL CETRO QUE LEVANTARLO, SIN EMBARGO EN EL CETRO LEVANTADO RESIDE EL PODER.

EL PODER CONCENTRADO ES EGOISMO.

EL PODER DISPERSO ES FRACASO.

LUEGO, EL PODER DEL CETRO DEBE SER EQUILIBRANTE, PARA FORMAR REYES EQUILIBRADOS.

ESE SOY YO.

XXII

Y vosotros, así habéis de orar:

¡Oh dulce Omnipotencia *Yo soy* tu poder manifestado!

¡Oh Silente Omniciencia *Yo soy* tu saber realizado!

¡Oh eterna Omnipresencia *Yo soy* tu Ubicuidad velada!

Abro mi mente y mi corazón, abarco todos los dones y derramo Amor, Saber y Verdad.

Yo Soy lo que Tu Eres.

Ese soy Yo.

F I N

INDICE

	PÁG.
<i>Notas para un ensayo</i>	7
<i>Historia de "EL LIBRO SIN TÍTULO DE UN AUTOR SIN NOMBRE"</i>	17
EL LIBRO SIN TITULO DE UN AUTOR SIN NOMBRE	
CAPÍTULO	
I. — <i>La Liberación</i>	39
„ II. — <i>De la Enfermedad</i>	43
„ III. — <i>De la Mujer Engañada</i>	47
„ IV. — <i>El Matrimonio Desgraciado</i> ..	51
„ V. — <i>El Cobarde</i>	55
„ VI. — <i>Los Políticos</i>	57
„ VII. — <i>De la Riqueza</i>	61
„ VIII. — <i>El Clerical</i>	65
„ IX. — <i>El Sacerdote</i>	69
„ X. — <i>La Amistad</i>	73
„ XI. — <i>El Partidario</i>	77
„ XII. — <i>El Hijo</i>	81
„ XIII. — <i>Los Negociantes</i>	83
„ XIV. — <i>De la Ley</i>	87
„ XV. — <i>De los Nobles</i>	91
„ XVI. — <i>De los Médicos</i>	95
„ XVII. — <i>De los Guerreros</i>	99
„ XVIII. — <i>De la Necedad</i>	103
„ XIX. — <i>Del Amor</i>	105
„ XX. — <i>De la Sabiduría</i>	107
SEGUNDA PARTE	111 - 135

*Terminóse la impresión de este libro el
20 de Enero de 1949, en los Talleres de
IMPRESIONES EL INDIO, Córdoba 2240.*

OBRAS DEL AUTOR

*Poderes o El Libro
que Diviniza*

(AGOTADO)

Las Llaves del Reino Interno

Adonay "Novela Iniciática"

*El Pueblo de las Mil
y una Noche*

La Zarza de Horeb

(AGOTADO)

Misterios

(AGOTADO)

Trayectoria de la Poesía Árabe

(AGOTADO)

El Manuscrito

(AGOTADO)

La Moderna Era "Traducción"

(AGOTADO)

*El Libro Sin Título de Un
Autor Sin Nombre*

Próximamente:

*Rasgando Velos o la
Develación del
Apocalipsis*

El Ejército de la Miel



Pedidos a:

LIBRERIA "KIER"
Talcahuano 1075 - Bs. Aires
Argentina

LIBRERIA ORIENTALISTA
Casilla 1398 - Santiago (Chile)